

ÚLTIMA LLAMADA Y OTRAS FICCIONES

Ricardo Orozco Castellanos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

ÚLTIMA
LLAMADA
Y OTRAS
FICCIONES

ÚLTIMA LLAMADA Y OTRAS FICCIONES

Ricardo Orozco Castellanos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

ÚLTIMA LLAMADA Y OTRAS FICCIONES

Primera edición 2025 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100

© Ricardo Orozco Castellanos

ISBN 978-607-2638-31-0

Hecho en México / *Made in Mexico*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

ÍNDICE

Última palabra, como un prólogo	9
Chagall en mi tejado	13
Menú de tres tiempos	29
Yo mimé conmigo	35
Húmeros	37
<i>Ego te absolvo</i>	39
Olmo	41
La cólera de Aquiles	43
Cuento contado tres veces	47
Lebreles	51
Jacob detrás del espejo	53
Daniel en el foso de los leones	55
Recuerdos a Caín	59
La espada de Damocles	63
Narciso, una vez más	71
Margherita	73
Como el pez que se va	77
A contragolpe	81
<i>Oblivion</i>	89
Los mejores amigos	91
La noche de las apariciones	97
Adiós a Lucía	103

Copas que se rompen	109
El espejo negro	115
Javier Verbena entre nosotros	121
Última llamada	127

ÚLTIMA PALABRA, COMO UN PROLOGO

*R*eúno en este volumen un conjunto variopinto de textos. Creo que todos merecen la calificación de relatos, si bien algunos, por su brevedad y laconismo, parecerían salirse de la caja. Ésos, los más breves, fueron escritos en un afán de experimentación y quizá como resultado del poco tiempo que tenía, antes del año 2020, para sentarme con calma a pergeñar relatos más largos o de una estructura compleja.

Los relatos muy breves, que hoy en día suelen llamarse microrrelatos, imponen a los autores una disciplina un tanto singular: se trata de evocar un suceso, referir un detalle, ofrecer una atmósfera enrarecida. Son, me parece, un género de textos provocadores porque intentan sorprender al lector. Consisten, para emplear una metáfora boxística que viene muy a cuento, en un *jab* a la cara, un golpe rápido y preciso que no admite prácticamente respuesta alguna. Sin embargo, claro está que se corre un riesgo, porque no todos somos Augusto Monterroso ni gozamos de esa genialidad, y por tanto se puede caer en un regodeo estilístico insustancial, de manera que el efecto en quien nos lee resulte en ineficacia, reiteración o desconcierto. A ese riesgo se atienen, lo debo reconocer, los textos más breves que componen el libro que el lector tiene ante su vista.

Lo anterior no quiere decir, desde luego, que algunos de dichos textos carezcan de méritos literarios: el juicio de mis lectores puede beneficiarlos o no, ya se verá. Tampoco quiere decir que los relatos más elaborados, más largos y complejos, posean una especie de salvoconducto o patente de corso por su factura. Un texto largo siempre puede tentar a la fortuna, puede llegar al aburrimiento o suscitar un desinterés palmario en los lectores si no cuenta bien lo que cuenta o si los inesperados giros de la trama no sorprenden a nadie. Allí radica, en verdad lo creo, el desafío que enfrentamos quienes nos dedicamos a la ardua tarea de contar cuentos, tan apasionante como incierta en sus resultados.

Debo añadir que la procedencia temporal de los relatos abarca un arco dilatado que va más o menos de 2014 a 2024, diez años en medio de los cuales otros libros míos fueron pensados, compuestos y la mayoría publicados. Casi todos los más cortos, ya lo dije, fueron escritos en aquellos tiempos en que ejercía la docencia o me ocupaba de mi trabajo como administrador académico en la universidad. Otros, también breves, corresponden a épocas más recientes en que me ha dado por volver a la experimentación con las formas del relato, algo a lo que no puedo sustraerme fácilmente, como podrá constatar el lector, siempre perspicaz. Supongo que de esos textos más recientes puedo fiarme un poco más, si bien no del todo: siempre subsiste un poco de riesgo en lo que se escribe, no cabe duda. Particularmente, deposito esa confianza en “Chagall en mi tejado”, un cuento que pude haber escrito desde los años noventa –¡en el siglo anterior, válgame Dios!–, pero que tuvo un largo tiempo de hibernación y luego de digestión, lo que puede apreciarse en la amplia secuencia temporal de los hechos narrados.

He llegado a una edad en la que recordar, sobre todo hechos remotos, puede constituir una ocupación por sí misma. Mis narraciones se presentan como oportunidades para reelaborar el pasado; hacerlo en forma de un cuento breve –que

remita cuando mucho a unos cuantos sucesos, por lo general extraños, no necesariamente extraordinarios, al menos raros— me permite inventar y reinventar la vida propia y la ajena. En suma, se trata de imaginar el pasado como si fuera un devenir, bajo una premisa improbable pero fascinante: ¿cómo hubiera sido tal o cual acontecimiento de haberlo vivido hoy o apenas ayer?, ¿cómo es que nuestra vida ha dado tantas vueltas para que se nos haya vuelto incomprensible? Así me gustaría que fueran leídos estos relatos, como una interrogante, más que como una imposible respuesta. Pero, como siempre, el lector tiene la última palabra.

El Dorado, Aguascalientes, 28 de agosto de 2024,
día de San Agustín de Hipona, día del anciano.

CHAGALL EN MI TEJADO

Siempre me gustaron las obras de Marc Chagall. No sé decir muy bien por qué, hay otros pintores de una fuerza expresiva superior que me gustan más. Nadie de los artistas plásticos del siglo veinte me parece que haya superado a algunos del diecinueve, en especial a Van Gogh, ni siquiera Picasso. De modo que si nos ponemos estrictos, mi predilección por Chagall resulta al menos inconsistente si no es que inexplicable. Pero como no soy un conocedor, ni quien se atreva a reclamarme mi gusto. Además, pertenezco al infinito número de los aficionados que nunca, ni en sus más desatadas fantasías, podrían adquirir una obra original de semejantes monstruos del arte. Me conformo, eso sí, con adquirir buenas reproducciones y cuando he podido viajar, he buscado con ahínco los museos donde esas obras están expuestas.

Cuando lo que voy a contar ocurrió, yo vivía en la capital del país, era soltero y en mi oficina había dos muros en los que se podían colgar quizá tres reproducciones como máximo. Así que “Los novios de la torre Eiffel”, “El violinista verde” (mejor conocido como El violinista sobre el tejado) y “La noche estrellada” lucían orondos sus coloridos argumentos en aquellas paredes. No creo exagerar si afirmo que los incontables visitantes que recibí durante los cuatro años que duró mi encargo en

aquella oficina nunca se dieron por enterados de esas reproducciones, ni me preguntaron donde las había adquirido ni mucho menos se dieron el lujo de criticar mis gustos pictóricos. Me imagino que cuando no obtenían la respuesta que esperaban de mí, en sus demandas o preocupaciones, miraban los cuadros sin realmente mirarlos, simplemente porque no querían posar sus ojos en mi cara de piedra, querían huir de mis palabras de consuelo o de reprimenda, según se tratara de colaboradores o peticionarios, y observaban los falsos muros de tablarroca sin realmente reparar en la calidad de las reproducciones ni mucho menos en el prestigio de los artistas, su fama o sus remotas biografías. Y si mi cara ya no les parecía agradable, supongo que los cuadros tampoco habrán respondido a sus inquietudes de ninguna de las maneras. Pero también comprendo que las obras permanecieron siempre como mudos testigos de aquella rabia, frustración o impotencia, ajenos a insultos e impropiedades o silenciosas mentadas de madre que los visitantes pudieran estar tramando en su agitada conciencia.

Pero un día hubo alguien que desde el principio fijó su mirada en aquellos cuadros y hasta podría decirse que se sintió un poco extraviado y olvidó por varios minutos el asunto que lo había motivado a pedirme una cita y presentarse en mi oficina un viernes a mediodía. Como yo lo conocía de antes, me llamó la atención encontrar su nombre en la agenda que me mostró mi secretaria a primera hora de la mañana.

—¿Está segura, Sarita? ¿él en persona llamó?

Sarita no solía equivocarse, de modo que su sonrisa y el movimiento de su cabeza de arriba abajo, por toda respuesta, me dejó perplejo. Simplemente confirmé la cita:

—De acuerdo —dije—, a la una me parece bien. Le puedo dar unos veinte minutos.

No sabía que Juan Manuel fuera tan puntual. Un poco antes de la una de la tarde escuché su voz algo apagada, de bajo profundo, anunciándose con Sarita. Con frecuencia yo me

levantaba del sillón y salía a recibir a mis visitantes a la puerta; no sólo era una forma de cortesía, era también una estrategia que solía desarmar a los más belicosos. Esta vez, algo que no podría definir, me llevó a quedarme atornillado al sillón y a reaccionar un poco tarde al saludo afable y campechano de mi compañero.

Me desconcertó mucho que el motivo de su entrevista no fuera pedirme nada, menos aún reclamarme. Vagamente, yo estaba enterado de que se dedicaba a la docencia y pensé que tal vez me solicitaría unas clases en algún plantel de los que yo dirigía, o algo parecido. Pero no. Simplemente quiso pasar a saludarme.

—El otro día vine a entregar unas fundas para guitarra y me enteré de que tienes este puesto, por eso pensé en hacer una cita y venir a saludarte. ¡Cuánto tiempo, compañero!

Lo abracé sonoramente. Lo recordaba sobre todo como poeta. No el mejor, pero sí el más obstinado, el que consideraba que su paisano Efraín Huerta y sobre todo Jaime Sabines no eran más que charlatanes, vendedores de espejitos. Él creía en la poesía al modo clásico, se empeñaba en rimar sus versos, en contar las sílabas, aunque no lo hacía con rigor y se ganaba las burlas solapadas de los más jactanciosos, que se preciaban de estar de vuelta de cualquier clase de poesía clásica y haber superado con creces no sólo el trasnochado modernismo, incluso las vanguardias de la primera mitad del siglo; ellos adoraban a Huerta y a Bonifaz, a Lizalde y a Sabines por igual. Juan Manuel tenía mucho de campesino, era originario de un pueblecito del estado de Guanajuato que no figuraba en la mayoría de los mapas; claro que era terco y orgulloso y no le hacían mella las indirectas o la descarada mofa a su estilo, más que provinciano, pueblerino. Pero nunca imaginé que se dedicara a fabricar fundas para guitarra y que recorriera muchas ciudades ofreciendo su producto. Cuando yo le pregunté —y me arrepentí al segundo de mi estupidez— que si ya había

intentado venderlas en Paracho, el lugar donde más guitarras se fabrican en el país, me dijo con llaneza y un dejo de orgullo:

—Allí tengo mis principales clientes. Pero no basta.

Intenté romper el hielo del embarazoso momento con la frialdad de una pregunta de manual:

—¿Y qué te trae por acá?

Juan Manuel suspiró hondamente, se retrajo por unos instantes en sí mismo, arrugó un poco sus facciones, de por sí un tanto envejecidas para la edad que teníamos los dos y me soltó el siguiente discurso, como quien no quiere hacerse notar:

—Fíjate que hace unos tres años descubrí que tengo la facultad de leer el futuro, no en las manos como las gitanas farsantes, no, sino en la cara de la gente y en lo que la rodea. De verdad, no sonrías así. Ahora mismo estoy leyéndote a ti.

Mi sorpresa inicial dio paso a una terrible incomodidad. ¿Cómo reaccionar ante semejante declaración? No podía reírme ni siquiera como un acto reflejo porque ya él me había amonestado por mi sonrisa. Tampoco podía poner cara de indiferencia. Estaba atrapado. Comencé a sudar y seguramente la cara se me puso roja, como siempre que me toman por sorpresa.

—¿Quieres que te diga lo que veo? —me preguntó a bocajarro.

No me quedó otro remedio que intentar responder de botepronto, como si se tratara de devolver una pelota de tenis.

—Si no es para mal, te diría que adelante, que está bien.

Empezó por hacer alusión al cuadro de Chagall “Los novios de la torre Eiffel”, que él podía ver y yo no porque me quedaba justo a la espalda. También dijo que ignoraba el cuadro y el pintor, cosa que puede ser verdad o no, y que yo no juzgué en ese momento.

—Veo para ti una boda y un viaje en un futuro muy cercano.

—Pues sí, voy a casarme y vamos a viajar de luna de miel, pero no a París —le dije, como desafiándolo, pues es una obviedad que el cuadro alude a unos novios y a París.

—Sí, ya me lo imaginaba. No van a viajar a París sino a Buenos Aires, y van a aprender a bailar tango.

Sentí como si me hubiera quedado desnudo en público; como si estuviera en medio de una fiesta de disfraces y alguien me quitara la máscara que ocultaba mi rostro. Entonces, quizá movido por la inquietud que me estaba gobernando por completo, se me ocurrió tontamente desafiarlo aún más:

—Suena muy lógico, compañero. Pero ¿qué me dices del otro cuadro, El violinista en el tejado, que en realidad se llama “El violinista verde”?

No había podido evitar la pedantería, mi punto débil.

—De eso no puedo ni quiero hablarte hoy.

Me reí con franqueza, como para distender el ambiente. Él también se rio, se levantó, me estrechó la mano mientras murmuraba con esa voz de bajo tan apagada:

—¡Felicidades por la boda y el viaje!

Nos despedimos. Yo todavía estaba inquieto, incómodo. El resto del día me puse de mal humor, al grado de que le pedí a Sarita cancelar las demás citas, no fuera a ser que cometiera imprudencias o injusticias por culpa de mi estado de ánimo. Comí cerca de las oficinas y di un largo paseo por el centro comercial que estaba a tan sólo un par de cuadras. Hubiera querido fumar, pero nunca lo he hecho. Hubiera querido tomarme un whisky, pero nunca bebo alcohol en día laboral. Hubiera querido irme a casa para disfrutar un par de horas de siesta, pero tenía reuniones con mis colegas y jefes por la tarde. Así que el tiempo que faltaba para el término de la jornada lo pasé distraído y como lejos de mí mismo, aunque en realidad estaba acuartelado en mi interior, rumiando quién sabe qué cosas y maldiciendo el instante en que acepté por insana curiosidad darle esa cita a Juan Manuel.

Pero todo pasa. Pasó el día. Llegó la noche. Tuve algún sueño intranquilo que olvidé al despertar. No amanecí convertido en escarabajo ni nada parecido. Hablé unos minutos con Luisa, sólo para saber si estaba bien. Le envié besos por teléfono. No le mencioné en absoluto mi entrevista con Juan Manuel.

Luisa y yo nos casamos a finales de diciembre de ese año. El compromiso había sido un hecho desde muchos meses antes, de modo que la predicción de mi amigo era muy débil ante los hechos consumados. Lo que sí debo concederle como un acierto, incomprensible para mí, es que el lugar que escogimos para la luna de miel sólo lo sabían nuestros parientes cercanos y la agencia de viajes, con los cuales Juan Manuel no tenía trato ni remotamente. Estuvimos una semana completa en Buenos Aires.

Disfrutamos y nos disfrutamos mucho. Disfrutamos cruzar una y otra vez, casi por el puro gusto de hacerlo, la anchísima Avenida 9 de Julio, en las inmediaciones del muy parisino Obelisco. Esa glorieta quedaba a tan sólo una cuadra del hotel donde estuvimos, el Broadway, situado en plena calle Corrientes: con sus teatros, sus innumerables librerías y sus muchos lugares para comer o cenar, desde los modestos negocios donde te hartabas por un costo mínimo de empanadas salteñas y de un vino de Mendoza, barato pero respetable, hasta los sitios que ofrecían el consabido show de tango mientras uno iba devorando a grandes trozos cantidades increíbles de carne, una ingesta inconcebible de proteína animal quizá solo disimulada con una raquítica ensalada o unas papas horneadas que sólo añadían volumen a aquellos platos dignos de Pantagruel. Pero, claro, digamos que no sólo fue un atracón de carne y empanadas, también fue un atracón de Borges y Piazzola, de Cortázar, Bioy Casares, Silvina Ocampo, y el Tango de la Vieja

Guardia o la orquesta de Oswaldo Pugliese en cualquier librería, en cualquier esquina, en la confitería Tortoni, desde luego, pero también en sitios menos prestigiosos. Embebidos en la contemplación de las viejas y más bien pintorescas calles de La Boca, como la archiconocida Caminito, aderezada hábilmente para cautivar a los extranjeros, anduvimos y anduvimos. Yo, que no soy amante del ejercicio, pero gusto de caminar mucho y Luisa, que siempre ha hecho ejercicio pero detesta caminar tanto.

—Tomemos un taxi —me suplicaba cuando llevábamos dos o tres horas sin parar caminando la avenida Santa Fe para hallar la librería El Ateneo, montada sobre un viejo teatro. Pero no había manera de descansar, porque estábamos en un sucedáneo del Paraíso: el Edén de los lectores.

Otras veces recorriamos Corrientes de arriba abajo, metiéndonos en todos los vericuetos, incluso en lugares un poco extraños e intimidantes, donde cambiaban dólares por devaluados pesos argentinos y donde a la entrada te recibían unos muchachos muy jóvenes que sin pudor alguno repartían volantes y tarjetas ofreciendo una grata compañía femenina “para el señor”, sin importarles que nosotros íbamos muy agarrados del brazo, casi pegados. Curioso que no promovieran ni tarjetas ni volantes con imágenes de chicos atractivos “para la señora”.

—¿Qué esperabas, que sólo por ser argentinos ya eliminaron el machismo así nomás? —me hizo reflexionar Luisa.

—Argentina está llena de psicoanalistas, pero también de machos —añadió, como para zanjar la cuestión.

Otro día, en la confluencia de las calles Florida y Lavalle, había ruido y un grupo no muy numeroso de peatones se había congregado alrededor de algo que sonaba a tango callejero. Pero sólo en apariencia era callejero, porque en realidad se trataba de un espectáculo para atrapar incautos, para venderse a sí mismos y quizá la mercancía que tenían guardada en una vieja maleta con ruedas, lista por si la policía se presentaba inopinadamente. Una chica treintañera y su socio o pareja de baile o

de vida, quién lo sabría, un jovencito que no debía rebasar los veinte, se afanaban en vender discos y videos; él usaba un micrófono y unas bocinas para difundir el espectáculo con una voz que sonaba a viejo locutor o a cantante de los sesenta:

—Leonardo Favio, por la voz —me aventuré a diagnosticar.

—Si tuviera un poco más de cadera y los labios bembones sería el clon de Sandro de América —intervino Luisa y me dejó pensando, porque aquel muchachito ni de lejos me parecía que se pareciera al tal Sandro. Puras proyecciones, pensé. Pero no lo dije.

—Vamos a ver —fue lo que sugerí, más bien. Y nos acercamos al grupo de gente reunida en torno de la pareja.

Era evidente que daban clases de tango, o que aprovechaban al público de neófitos, la mayoría extranjeros, para involucrarlos en sus demostraciones. Yo me sentí excluido desde un principio, porque soy una nulidad para el baile. Si no me salen las cumbias —y eso que viví décadas en la ciudad de México— cuándo me iba a animar a perpetrar aquel delito de lesa bailaduría. Luisa se enfurruñó y quizá como desquite le dio por comprar el video, para mi gusto carísimo, con el pretexto que yo ya iba conociendo:

—Yo voy a aprender a bailar tango. Tú sabrás.

La oportunidad se le presentó antes de lo que yo imaginé. El domingo siguiente, a punto ya de emprender el vuelo de regreso, que partía de Ezeiza dos días después, fuimos a San Telmo. El domingo era el día del mercadillo, el más extenso del mundo, según se dice (y mis pies lo corroboraron a lo largo de veinticuatro cuerdas de caminar como peregrinos a Santiago de Compostela). Allí, en la plaza Dorrego, descubrimos de pronto el tango callejero, el de verdad, porque el otro, el espectáculo para turistas en lugares caros ya lo habíamos visto, y la farsa ambulante de Florida y Lavalle no era más que un simulacro triste frente a esto. Allí, sobre un tablado mínimo (en Veracruz se diría sobre un ladrillo, como se baila el danzón,

y en el Sotavento mexicano como se bailan los sones de tarima) las parejas más disparejas que se pudiera imaginar se convertían en parejas de verdad, porque ya no importaba si era un señor mayor de sesenta con una jovencita que podría ser su nieta, o el muchachito de apenas dieciocho que lucía su destreza con mujeres mayores de cuarenta. El tango las emparejaba. La música salía de unas bocinas casi ocultas y seguramente eran versiones muy viejas de tangos inmortales que se volvían de pronto tan actuales, tan vivos. No pretendían dar clases a nadie. Bailaban por el sacrosanto gusto de bailar. Si al final les daban unas monedas ni siquiera parecía notárseles la gratitud; sus caras de gozo lo decían todo.

Terminó aquella soberbia demostración, que habíamos seguido alelados. Comenzó un momento algo más distendido. Y entonces sí, los maestros sacaron a bailar a quien se dejara. Luisa, que no es sólo atrevida sino lo que le sigue, se lanzó a los brazos de un viejo caballero —así quise verlo, como un viejo y como un caballero, que era lo que más me convenía— y ensayó con cierta gracia, no puedo negarlo, sus primeros pasos de tango en la vida. Yo los miraba de cerca, sin celos ni resquemor alguno, con envidia sana o no muy sana, da igual. Casi sentía la respiración del hombre sobre la cara ligeramente enrojecida de Luisa. Y de pronto él habló, cosa sorprendente porque el tango es una danza de mudos. Claramente escuché sus palabras:

—Bailás muy bien, che. Sos como la novia de Chagall. ¿Ese señor es tu marido? Él sí que parece el violinista en el tejado. Aprenderán muy bien el tango y a suspenderse en el aire, ya verás.

¿Yo el violinista? Sería tan sólo por lo verde de envidia que me puse.

—¿Por qué la novia de Chagall y tú el violinista? ¿Pero de qué me hablaba ese señor? —me preguntaba Luisa camino del hotel.

La verdad es que, dada nuestra edad, no parecíamos recién casados, por lo que referirse a Luisa como la novia (y de Chagall, faltaba más) no sonaba muy apropiado. Pero que por segunda vez en menos de un año alguien ajeno a nosotros, y vaya que este viejo caballero porteño lo era, se pusiera filosófico y hasta profético, esta ocasión sin que estuviera de por medio ninguna imagen de los cuadros de Marc Chagall, no podía parecerme menos que una locura.

El lunes fue el último día del año. Fue raro, desconcertante, pasar ese día tan significativo con calores de treinta grados, los paseantes en shorts y camiseta, nosotros sudando con las prendas formales que escogimos para la noche. Habíamos reservado por recomendación del gerente de nuestro hotel en un restaurante cercano, sobre la calle Corrientes, porque en cualquier otro que ofreciera un show ya no había lugar para nosotros. Cenamos –carne, por supuesto, regada con un vino de muy buena calidad– mientras el sonido ambiente difundía, como no podía ser de otro modo, tangos clásicos a un volumen muy tolerable. Lo mejor de la cena fue el postre, un tiramisú tan sabroso como no he vuelto a probar en mi vida. Volvimos en la madrugada, un poco mareados, realmente felices, y tarareando ese tango que se llama precisamente “Los mareados”.

Regresamos a principios de enero, a nuestro invierno. Quizá fue eso, el cambio radical de clima, lo que ocasionó que los incidentes del viaje se redujeran a las anécdotas que podíamos contar o a las intimidades que no íbamos a hacer públicas de ningún modo.

Los años pasaron como pasa el viento, un poco sin sentirlo, nosotros atareados en las cosas nimias de cada día. Y así fuimos llegando a los diez años de matrimonio. Entre tanto, mis padres murieron, asumí mi orfandad lo mejor que pude, so-

bre todo gracias a Luisa, siempre a mi lado. Entre tanto, me despidieron por primera vez de un trabajo, lo que me dejó un sabor ingrato, amargo, casi como el de la orfandad. Pero todo pasa y todo queda: me recuperé del golpe, nuevas puertas se abrieron para mí y seguimos adelante. Con nuestros ahorros, decidimos festejar el aniversario con una buena fiesta y, para no variar, con un viaje anhelado por mucho tiempo.

Era la época de las llamadas “fiestas temáticas” que implican cierto tipo de vestuario, una decoración adecuada al tema, un menú que recuerda algún gusto en particular, un “set” expresamente preparado para tomarse una foto con cada grupo de invitados, un tipo de música que le dé unidad al baile, un show ensayado previamente. Para decirlo pronto: todo lo que nunca imaginé que pudiera ocurrir en un festejo en el que yo tuviera papel protagónico. Malo para bailar como he sido siempre, tuve que vencer la timidez y sobre todo la incomodidad de hacer el ridículo en público (el ridículo siempre es público, vaya redundancia).

Luisa desempolvó los videos que habíamos comprado en la esquina de Lavalle y Florida casi diez años antes. Allí, una pareja de figurines daba clases de tango desde lo más básico, la postura, los ocho pasos de rigor, hasta lo más complejo, las variaciones sobre el paso cinco, que los maestros llamaban fi-ruletes. Era desde luego una exhibición de virtuosismo, ambos miembros de la pareja eran anatómicamente ideales: delgados, flexibles al extremo, ágiles de pies y piernas, diestros a más no poder. Y además los detalles que a muchos pasarían inadvertidos: la falda de la dama ni demasiado corta ni tampoco larga y con un tajo en la pierna (una abertura, diríamos nosotros) para poder elevarla y doblarla cómodamente por encima de las piernas de su pareja; el calzado de la mujer ni bajo ni muy alto, con un tacón firme y de preferencia una presilla a la altura del tobillo que asegure el empeine y defienda a la usuaria de malos pasos y malas consecuencias en un traspie y ya no se diga

de una caída. El hombre debe usar un pantalón de vestir algo suelto en las piernas y un calzado de tacón bajo con suela de vaqueta que se pueda arrastrar ligeramente por el piso, por lo cual se excluye cualquier tipo de calzado con suela de goma (los tenis están del todo prohibidos, no sólo por ordinarios sino porque de atorarse podrían causar una grave cuanto bochornosa caída); el resto del atuendo queda al gusto del bailarín: si quiere parecer un chulo de barrio (un “padrote”, diríamos acá) usará una camisa negra, tirantes como todo pesimista, zapatos bicolores al modo de los bailarines de tap, mucha gomina en el pelo –si lo tuviere abundante, desde luego, no como el que esto cuenta– y acaso un sombrero tipo borsalino (eso me recuerda a Jean Paul Belmondo antes que a Marlon Brando en alguna película francesa que, claro está, no es *El último tango en París*).

Luisa se empecinó en que ensayáramos y ensayáramos todos los días en casa. Alguna vez, incluso, tuvimos un conato de caída. Yo me asusté, aunque no sufrí mayor cosa, en cambio ella por poco tiene un esguince. Pero nada aminoró su entusiasmo. Porque, cuando a Luisa se le mete algo entre ceja y ceja, no ceja jamás hasta conseguirlo, incluso si se trata de aprender a bailar tango a los cincuenta y tantos años de su edad y de la mía, que sólo soy unos meses mayor que ella.

Y al fin llegó la prueba de fuego, la exposición pública de nuestras dudosas habilidades durante esa fiesta que la mayoría de los asistentes, parientes y benévolos amigos, juzgó inolvidable. Comimos empanadas, bebimos vino tinto de marcas argentina e italiana (que es otro modo de ser de los argentinos), usamos sombreros, trajes oscuros de casimir a rayas, de saco cruzado; las señoras lucieron vestidos con abertura, casi todos negros o rojos y tacones más bien altos. La música giró –nunca mejor dicho– alrededor del tango. Abrimos el baile con una modesta muestra de nuestros logros dancísticos, con “Volver” y desde luego “Por una cabeza”, nuestra pieza predilecta. El alcohol, con su efecto igualador, hizo que nadie se percatara

de los fallos evidentes en nuestros pasos y que termináramos hermanados, cada quien librado a sus fuerzas y ganas, en una danza general sin distingos ni protagonismos indeseables. Recién habíamos terminado de bailar en solitario “Por una cabeza”, nuestros queridos amigos Jean-Luc y Marielena se acercaron a felicitarnos cálidamente. Con su hermosa voz de timbre tropical, en su español ya casi perfecto, él murmuró en nuestros oídos:

—Lucen como los novios de Marc Chagall.

Y Marielena, entre distraída y pícara, agregó:

—Y tú pareces el violinista en el tejado.

Ni tiempo tuvimos de digerir aquello. El baile siguió su agitado ritmo, la música y las voces se fundieron en el aire. El tiempo, como si fuera un bailarín más, voló sobre la pista.

Felicitados, emocionados, un poco mareados, así llegamos a casa mucho tiempo después de la medianoche.

Luego, un par de días después, llegó la hora del viaje, tan esperado, a San Francisco, California.

Bajo el puente Golden Gate un fuerte y helado viento quería llevarse mi gorra por los aires y hasta los impermeables que nos cubrían parecían a punto de ser derrotados por aquella ventisca. Aun así, disfrutamos mucho el viaje. Anduvimos calles arriba y abajo desde Union Square hasta los muelles, donde comimos la sabrosa sopa *clam showder*, bien caliente, que nos regresó a nuestro ser, luego de aquella excursión en bote por las heladas aguas del Pacífico.

Diez años habían pasado desde nuestra exploración de la calle Corrientes en Buenos Aires. Diez años es mucho tiempo, de modo que caminar tantas cuadras ahora nos cansó más. Una mañana de mucho andar y no menos comprar, nos refugiamos en el Museo Judío, atraídos por una exposición temporal

denominada “Marc Chagall y el teatro judío de Moscú”. Fue un encuentro casi milagroso con la figura del viejecito judío, originalmente ruso y luego francés. Se exponían bocetos, figurines de vestuario, dibujos, maquetas y algunos cuadros de formato grande, entre ellos su “Violinista verde”, llegado desde Ámsterdam. Extrañamos nuestro cuadro fetiche, “Los novios de la Torre Eiffel”, que algún día deberíamos ver en París. Completaba la exposición un video con antiquísimas imágenes en blanco y negro y una narración en inglés sobre la participación de Chagall durante los años veinte, en el estallido del gran arte ruso y del teatro de vanguardia en el Moscú revolucionario de los primeros años de Stalin. Mientras veíamos el video, la verdad sin mucha atención, yo iba traduciendo un poco para Luisa, en voz muy baja porque había otros espectadores. Detrás de nosotros había una pareja de personas mayores que cuchicheaban entre sí. De pronto el hombre, rubicundo como un granjero georgiano, nos interpelló suavemente:

—¿Ustedes son rusos?

Le dimos una respuesta negativa, a media voz, para no llamar la atención. Entonces, la señora terció, elevando el tono:

—Más bien parecen judíos del centro de Europa. Hijos de los sobrevivientes del Holocausto.

Juro que así dijo. Yo le contesté en un inglés deliberadamente malsonante, ya un poco picado de amor propio y patrio:

—Somos mexicanos, ¿y ustedes?

No alcancé a escuchar con claridad su respuesta, porque optaron por la retirada, creo que un tanto avergonzados.

Al salir del museo, Luisa murmuró con algo de sorna:

—Nomás faltó que mencionaran que eres la viva imagen del violinista en el tejado.

Al regresar a nuestra ciudad, tan alejada de Moscú, de París, de Buenos Aires y hasta de San Francisco, decidí deshacerme de las reproducciones de Chagall que adornaban las paredes de nuestra sala de estar. La ocasión se presentó

perfecta cuando recibimos la visita de mi prima Rosa: la andariega, incansable e imbatible Rosa. Había estado dos semanas en Chicago, visitando a su hermana que vive allá indocumentada y quizá feliz. Acababa de admirar en el Instituto de Arte una exposición temporal de Van Gogh. Me regaló una litografía de muy buena calidad de “El cartero”, precioso cuadro, para que sustituyera a mi vieja “Noche estrellada”. Me salió del corazón regalarle los Chagall.

—Los voy a poner en la sala de la casa de los abuelos, tus abuelos, que ahora es mi casa. Un día tendré un hijo al que le gustarán mucho esos cuadros tan infantiles.

No quise desmentirla de ninguna forma. Los cuadros de Chagall, en efecto, tienen mucho de infantiles: esos sueños, esas fantasías, esos colores imposibles, esos animales volando por los aires, esos personajes encima de los tejados. Tampoco dije nada sobre la posibilidad de que Rosa pudiera tener un hijo en el futuro inmediato. Se acercaba a los cincuenta años y no tenía pareja. Pero de esto no hablamos, un pudor más fuerte que nuestras lenguas demasiado sueltas nos lo impidió.

Lo demás es historia. El resto es silencio, dijera William Shakespeare. Silencio sólo roto por la propensión que tengo a hablar de más o escribir mucho, que da lo mismo. Y acudiendo a otro refrán, no por conocido menos certero, añadiré que el tiempo vuela, sí, el tiempo todo lo borra.

Pasaron otra vez diez años. Me despidieron de otro trabajo, pero encontré el mejor que la vida me estaba reservando. Me dediqué a mis clases, a leer y a escribir desaforadamente. Fuimos a otros lugares, que por ahora no pienso describir. Caminamos mucho y cada vez nos cansamos más. En nuevas fiestas y nuevos aniversarios, el público asistente, si así puede llamarse, exiguo o numeroso, siempre nos pide que bailemos

“Por una cabeza”. A veces los complacemos, para que no insistan. Pero es evidente que nuestra destreza para el tango, si alguna vez la tuvimos, ha menguado notoriamente. Eso sí, seguimos tarareando “Los mareados”, como un mantra, cada vez que bebemos un buen tinto chileno o español, argentino o mexicano.

Hace un año, ya casi, se declaró la pandemia mundial. Estamos confinados. La hemos pasado mal y bien. Pero hace tres días recibí la llamada telefónica de un joven colega que ha estado haciendo su doctorado en Puebla hasta hace un par de semanas. Yo le había comentado que allá trabajaba, entiendo que en la misma universidad a la que él asistía, mi antiguo compañero Juan Manuel Paredes, poeta y clarividente.

—Estuve con el maestro Paredes —reveló mi amigo—. Te manda muchos saludos y me pidió que te transmitiera palabra por palabra un mensaje.

Porque pudo más la curiosidad, la voz me tembló un poco, lo reconozco, cuando le pregunté de manera bastante obvia:

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es el mensaje?

—Me dijo textualmente: “Dile al violinista que no se preocupe, no se va a caer del tejado, por lo pronto”.

Por primera vez desde hace más de veinte años dejó de intrigarme que alguien hablara de mi parecido con el violinista en el tejado. “Ya no tengo a Chagall en mi tejado, pensé, ¿qué me puede pasar?”.

Aguascalientes, junio de 2024.
Para Mario Calderón, que seguramente
ignora la fuerza de sus palabras.

MENÚ DE TRES TIEMPOS

I

¿*Qu*es, amiga, la elegancia del restaurante, esta decoración tan fina, de tonos cálidos, el color chedrón del guardapolvo, las molduras de caoba, y los cuadros, un poco *naïve* pero tan hermosos, tan evocadores de la campiña italiana, de las *table* campesinas pero también de las opulentas mesas de los palacios? ¿Aprecias el contraste de la mantelería con la vajilla inmaculadamente blanca, el brillo de los cuchillos, las copas fulgurantes de tan limpias y tan altas como ahora se usan; las servilletas que simulan un par de velas? ¿Te gusta el arreglo floral al centro, discreto, con florecillas de campo y esa gerbera que ilumina como una llama toda la mesa? ¿No te fascina la iluminación suave, oblicua, que da la impresión de prolongar el crepúsculo hasta la media noche y esa veladora que da un poco de calor, pero no demasiado, y una flama pequeña, como para que no se nos olvide el calor de una amistad o la llama de un amor que nos llena el alma de felicidad así como los sentidos se nos llenan de placer con estos platillos, amiga?

Dices que me he vuelto muy sofisticada en los últimos años. Puede ser. Desde que murió mamá, me he ido convenciendo de que su ejemplo es lo que me ilumina, lo que me permite vencer el aburrimiento de todos los días, soñar con un mundo distinto, elegante y fino, al que puedo entrar con la llave que ella me dejó. Porque ella, tú lo sabes, era una mujer sencilla, nacida en aquel pueblo tan furrís, sin mucha escuela ni ilustración, pero con mucha clase y con unas ganas de aprender de todo, de los viajes, de su estancia en grandes hoteles, de los conciertos y del teatro que tanto le gustaban, de los buenos restaurantes a donde papá la llevaba, lo mismo en pueblecitos de Alemania o España que en las grandes capitales. ¿Te acuerdas cómo tenía arreglada la casa? Como un espejo, llena de adornos de buen gusto que había traído de todos los rincones del mundo a donde había llegado en sus viajes, los pisos perfectamente limpios, las camas cubiertas con edredones de pluma de ganso y unas sábanas de hilo egipcio que ya quisieran los más ricos del pueblo, esos ignorantes, rústicos, que lo único que tienen es dinero.

Carpaccio de salmón ahumado con alcaparras. ¿Qué te parece la entrada, amiga? ¿Cómo que no te gusta la combinación de las alcaparras y el salmón? Es de lo más delicado; ah, con esa aromática salsa tan suave. Prueba, sabe a ralladura de limón y eso mitiga lo ahumado del salmón. (Hice verso sin esfuerzo). Tengo que sacarte a pasear más seguido, amiga. Ay, ya te traté como si fueras un perrito, discúlpame.

¿Qué te decía? Ah, sí, hablábamos de mamá. Cómo sufrió la pobrecita en sus últimos meses, qué triste verla cómo se iba acabando aquel cutis de porcelana, esos ojos azulísimos que deberíamos haberle heredado, pero ya ves: ninguna de las hermanas, sólo Daniel, el más guapo (y digo yo: de qué le sirve ahora que se ordenó sacerdote); pero sobre todo aquella sonrisa que iluminaba su cara, aquel cuello como de bailarina de *ballet* sin una arruga a pesar de sus cincuenta años bien

cumplidos. ¿Sabes? He tenido malos pensamientos desde entonces. Yo creo que mi papá ya se había hecho el ánimo a que ella muriera y ya estaba pensando en una más jovencita para sustituirla. Dios me perdone, amiga, pero no puedo dejar de pensar eso. ¿No ves cómo anda buscando muchachas en el pueblo, y fuera también? Claro que no las busca tan jovencitas, pero sí que estén de buen ver, no unas solteronas de su edad o de la mía; ah, y que tengan la mirada agachada, es decir que sean obedientes y le aguanten los achaques de la edad y ese carácter, Dios mío, sobre todo eso.

II

Lenguado y risotto al vino blanco con setas. Y ahora, ¿qué me vas a decir de este plato, sino que es excelso, maravilloso, delicado y exótico? ¿Ves cómo estoy aprendiendo también las palabras que se usan para describir los manjares? Claro que soy tan sólo una novata, una aficionada, qué le voy a hacer, ya me gustaría haber aprendido esa sabiduría de las manos del *chef*, esa habilidad para mezclar los sabores, para manipular las texturas de los productos y ponerlos en el plato como si fuera un pintor o un escenógrafo teatral, con suprema pericia. Porque el plato debe enamorar todos los sentidos, ¿no? Entra por la vista: debe parecer una obra de arte a tus ojos, una composición plástica perfecta, como un cuadro que equilibra luz y sombra. Entra por el olfato: sus aromas te conquistan paulatinamente, como un perfume suave que va tomando contacto con la piel y transformándose en una fragancia propia. Y luego entra por la boca: desde los labios a la lengua, lo dulce y lo salado; luego del paladar a la garganta, lo suave y lo áspero, y de allí a tu estómago, qué delicia, qué camino extraordinario, al mismo tiempo liso y escarpado, recorre cada bocado, siempre distinto al anterior y al que seguirá, para cumplir su ciclo de armonía y placer.

Te ríes de mí, ¿verdad? Sin embargo, estás asombrada, ¿no es así?, de todo lo que he venido aprendiendo con el *chef*. Desde luego, todavía estoy a años luz de alcanzar esa cima a la que él ha llegado, me considero muy humildemente una aprendiz, una postulante como las monjas, ni siquiera una novicia todavía. Pero voy en camino, amiga, ya lo verás cuando me sienta segura de mis facultades. Voy a dar una cena para la familia y una que otra amiga. Tú la primera, faltaba más. Pero no creas, necesito trabajar mucho a mi papá para que acepte conocer a Paolo (me niego a presentarlo como Pablo, porque así se llamaba mi abuelo y ese es el segundo nombre de papá, imagínate, las coincidencias operan en mi contra). Por eso voy a preparar la ocasión, planear el arreglo de la mesa con todo cuidado, elegir mi vestuario, escoger entre las joyas que me dejó mamá para combinarlas con el vestido y el peinado, y principalmente definir con mucha anticipación el menú, para sorprender a todos: a él, en primer término; luego a papá y a mis hermanas, a ustedes, mis amigas queridísimas. ¿Invitar a mi cuñado? Imposible, es un impresentable, un rancharo adinerado, machista y golpeador de mujeres. Me irrita reconocerlo pero más me molestaría su presencia en una cena tan maravillosa como la que estoy imaginando. No sé cómo se lo voy a plantear a Leonor, ella parece seguir queriéndolo, a pesar de todo, y no acepta consejos ni insinuaciones. ¿Cómo le voy a decir que ella está invitadísima pero su marido no? Necesito de tu apoyo, amiga, por eso te invité hoy, además de presentarte a mi prometido, bueno, mi pretendiente, porque mientras papá no lo autorice no va a pasar de ser eso. Ayúdame con mi hermana, tú que eres su confidente, ¿sí?

III

Tiramisú al espresso. Llegamos a lo mejor, amiga, al postre: el máximo placer: el orgasmo de una cena. Ay, me oigo muy pelada, ¿no? Pero es que fíjate en la textura cremosa, afrodisiaca, del queso *mascarpone*; paladea la suavidad de las soletas remojadas en el café y ese fino toque de licor (*Amaretto di Saronno*, claro) que apenas lo pruebas se desvanece entre los labios y la lengua porque la crema de queso se impone a los demás sabores con su suavidad y todo lo envuelve en seda. Y ese contraste picante de la canela espolvoreada con las virutas de chocolate amargo es un final de fantasía: haz de cuenta que fuera la pincelada genial del artista sobre el lienzo o el movimiento suavemente enérgico y preciso del director de orquesta que cierra con su batuta el *tutti* de una sinfonía.

¿Estás lista para conocer al autor de estas obras de arte? Lo voy a llamar ya, aunque me siento muy nerviosa, amiga, no te lo voy a negar. ¿Qué tal que no te guste Paolo, que no te parezca suficientemente varonil o se te haga demasiado fino para mí? Quiero que me digas la verdad, para eso son las amigas, y como dicen: “entre gitanas no nos leemos las manos”. Porque si tú, que eres una mujer de mundo, tan viajada, tan conocedora, no lo apruebas, imagínate mi papá. Ay, amiga, no quiero ni pensarlo. Ya sé que puedo hacerle manita de puerco a papá (qué expresión tan horrible pero tan exacta, ¿no crees?) porque él anda muy entusiasmado con la idea de volverse a casar y necesita mi aprobación, si quiere ser fiel al recuerdo de esa bellísima santa que fue mamá. Bueno, ya me estoy adelantando, todavía tenemos que terminar como Dios manda esta cena, ¿verdad? Que nos traigan el café y una copita de *Amaretto* para brindar por la amistad verdadera y por el amor, aunque no sea tan verdadero, pero sí tan necesario.

Ya viene por ahí, no voltees por favor, no seas maleducada. Me va a dar el soponcio. No, claro que no, debo levantar el cuello, erguir la espalda, pasar ligeramente la lengua por el brillo de los labios, esbozar una sonrisa que no parezca ensayada, tomar la copa con mucha elegancia y decir, como ahora digo, “*ciao*, Paolo, ésta es Alma, mi mejor amiga”.

YO MIMÉ CONMIGO

Ahora que lo pienso mejor, creo que en aquella época yo necesitaba mucho mimar. Pero era un muchacho más bien tímido y retraído y las oportunidades de mimar contigo no abundaban para los muchachos tímidos y retraídos.

Un día, luego de mirarme largo rato al espejo, descubrí la abrumadora tristeza de mi cara esmirriada, en la que empezaban a brotar con igual inclemencia las puntas de una barba intrincada, como perdida en un riguroso laberinto, y los minúsculos y vergonzantes volcanes de las primeras espinillas, signos irremediables de una adolescencia voraz que ya me consumía por entero.

Vi en mis ojos la verdeazul melancolía que desde entonces iba a teñir todas las tardes de mi vida. Vi el futuro con una nitidez aterradora de película en sepia, el color de la nostalgia. Vi en mis labios la intensa palidez de los amaneceres que me esperaban a partir de aquel día. Cuando por fin saqué mi cara del espejo, con un empujón de mandíbulas que pudo haberme causado fractura de maxilares, comprendí que todo estaba decidido y no había remedio.

Desde entonces yo mimé conmigo. Mimé muchas veces. Nunca parecía agotarme de mimar, a veces con entusiasmo

excesivo, a veces sin mayor esfuerzo, con un resignado gesto profesional. Pero, eso sí, siempre supe que algún día, así fuese el último de mi existencia, te encontraría del otro lado del espejo y me dedicaría por entero, sin distracciones, sin otro motivo de vida, a mimar contigo.

HÚMEROS

Puede ser que me haya despertado antes de tiempo. O quizá los traicioneros sueños que soñé anoche y que ya olvidé no quieren mi bien. El hecho es que esta mañana, más que nunca, me ha costado colocarme los húmeros en su lugar. Mi esqueleto ha protestado con un rechinado amargo, malhumorado, como si los demás huesos, molestos por la llegada de estos incómodos huéspedes cotidianos, quisieran llevar su rebeldía más allá de las cuatro paredes en que los tengo confinados todas las noches, por causa de un íntimo pudor, más que por deseo de venganza.

Salgo a las calles este día de abril. La primavera no ha terminado aún de asentar su imperio en el viento. Los árboles siguen esperándola como a un Mesías que resucita cada año. De pronto me doy cuenta de que no sé qué día es hoy y sólo me viene a la mente el recuerdo anticipado de unas palabras que tal vez yo mismo inventé: “jueves será, porque hoy, jueves, que proso estos versos...”.

No parece que vaya a llover hoy, ni nunca. ¿Esta ciudad, tan limpia o tan sucia, será París o acaso Lima, aquella donde nunca llueve?

De más está decir que no me llamo César, ni soy poeta, ni he venido de los remotos Andes. Simplemente acabo de saber

que hoy es viernes, este mes es abril, el más cruel, aquí es París, hoy me he puesto los húmeros a la mala... y, como todos saben, eso es de mala suerte.

EGO TE ABSOLVO

*Y*o iba saliendo de una librería que está casi en la esquina de Madero y Morelos. Me detuve civilizadamente ante la luz roja del semáforo, como pocos transeúntes lo hacen, en espera de cruzar la calle hacia la plaza principal. No vi de dónde salió el hombre. Lo saludé casi exclusivamente con las cejas, como suelo hacer con las personas que me son vagamente conocidas, incluso con aquellas francamente desconocidas que creen conocerme y me saludan con exceso de cortesía. El hombre me abordó con una suerte de respetuosa familiaridad, como si apenas ayer nos hubiéramos despedido al término de una larga borrachera, de esas que nos hacen pasar en unas horas de la categoría de extraños que el destino ubica, banco junto a banco, acodados en la barra de una cantina, a la de “mi hermano”, esa falsa categoría de la amistad que se cree perenne. Así me lo pareció desde que se emparejó a mis pasos de un modo en apariencia casual pero claramente intencionado, como pude comprobar de inmediato.

Los que me conocen saben de mi incurable verborrea. Dicen que soy incapaz de callarme aun estando solo. Imaginen lo ocurrido: el hombre me dejó mudo, con la lengua paralizada, durante los dos o tres minutos que tardamos en avanzar a buen paso desde la esquina de Morelos hasta la de Cinco de Mayo,

justo frente a la catedral. En ese lapso alcanzó literalmente a confesarme un cúmulo de intimidades a cuál más extraña o disparatada: desde las horrendas consecuencias de su violento carácter sobre la blanda consistencia de sus relaciones amorosas, hasta la escondida ternura que todavía lo animaba cuando por quince o veinte minutos lograba conversar con su hija adolescente, siempre malhumorada, esquiva, maleducada por la madre, con quien a pesar de todos los pesares, divorcio incluido, a él le gustaría regresar.

Al final agregó con voz meliflua, de locutor de radio, de animador de fiestas: “Tengo muchos años de no confesarme, padre, ¿usted no podría darme la absolución?”.

La sorpresa me enmudeció más, si tal cosa fuera posible. Sólo acerté a mover la mano derecha y el dedo índice malamente dirigidos a las torres de la catedral. “Vaya con un sacerdote, le dije, yo sólo soy un contador de historias”.

Ego te absolvo, dijo una voz interior que me llegaba del niño pecador y del monaguillo que alguna vez fui.

Ni cómo agregar que sus secretos –al mismo tiempo banales y terribles, como todos los secretos– nunca estarían seguros conmigo. Lo dicho lo prueba.

Aguascalientes, 2015.

Una primera versión de este texto fue publicada por Eduardo López Hernández en *Tierra Baldía*. Fue y sigue siendo un regalo para él porque, además, me regaló el título.

OLMO

¿Qué pretenderían mis padres cuando me bautizaron con este nombre, sabiendo que mi apellido era ya suficiente como para suscitar las burlas de los compañeros de escuela? ¿Cedieron al capricho de echarme encima una suerte de profecía? ¿O hicieron como que no se daban cuenta de que al marcar con ese nombre mi existencia estaban configurando un destino que yo no exigí?

En fin, durante muchos años no me preocupé mayormente por ello: conforme fui creciendo, las bromas de mis amigos dejaron de ser efectivas. En la familia se aceptaba la excentricidad como algo corriente: todos, mis padres, mis tíos, mis abuelos, frecuentaban alguna extravagancia, ya fuera en sus atuendos, en los peinados, en sus oficios, en el modo de llamar a sus hijos (nombres y sobrenombres inusuales, diminutivos que no podían ser calificados de cariñosos sino de ridículos y hasta paradójicos, como aquel primo apodado “el chiquilín”, que a los dieciocho años medía más de dos metros).

Así que mi vida transcurrió sin novedad ni cosa extraordinaria que contar hasta hace unos días en que sucedió lo de la película. La compré en un botadero del tianguis. Como me precio de cinéfilo, busco siempre las versiones autorizadas, aunque sean más caras, pues desde luego me molesta la piratería por su lado imprevisible: me ha ocurrido que el disco corresponda

a otra película, absolutamente ignorada y de ínfima categoría. Pero esta vez no me pude resistir: el director es uno de mis ídolos del cine italiano y sus filmes son casi imposibles de hallar si no es en tiendas especializadas, lejos de esta ciudad y casi inaccesibles por su costo.

El protagonista de la película se llama como yo. Eso no tendría nada de particular –si acaso probaría tan sólo que los italianos comparten esos caprichos nominales con mis padres–, de no ser porque el actor resultó ser, como suele decirse, *mi vivo retrato*. Debo admitirlo, aunque me cueste: la tercera vez que vi el filme me descubrí hablando en italiano, gesticulando sin darme cuenta, levantando las cejas para anticipar un disgusto, como me pasa siempre, moviendo tanto las manos cuando hablo que todos los que me conocen dicen: “hablas con las manos” y agregan (ahora sé por qué): “como si fueras italiano”.

Supongo con certeza lo que está por venir. Cada día, como el personaje de esa película especular, voy a ir convirtiéndome en lo que dice mi nombre. Terminaré enraizado en un parque, brindando sombra a las parejas que se acojan confiadamente a mi tronco y a mis ramas o aguantando estoicamente la humillación urinaria de los perros. Eso sí, tengo un consuelo: viviré muchos más años de los que pudiera haber imaginado.

LA CÓLERA DE AQUILES

*L*o que declaré ante el juez es la pura verdad. Dije todo lo que pasó, no oculté ni siquiera los detalles más escabrosos: lo que Elena y Héctor estaban haciendo cuando los encontré en mi casa y en la cama matrimonial. Dije cómo se me subió la sangre a la cabeza, cómo me fui llenando de rabia en segundos y cómo me le fui encima a Elena, a su cuello, que siempre me pareció tan perfecto. Traía puesto un collar que yo le había regalado en nuestro aniversario de bodas y eso me enfureció más. No sé por qué tengo que decir otra cosa. Yo la maté, sí, por celos y porque nunca he soportado la traición. De nadie.

Se llama Aquiles. Hay algo en su historia que me parece falso, aunque no puedo precisar qué es; algo que se me escapa, a pesar de la perspicacia que los jueces hemos alcanzado en este oficio ingrato pero bien pagado.

Me limitaré a contar los hechos esenciales, pues la historia completa llena un volumen de fojas de considerable grosor, con innumerables datos y no pocas correcciones, que el curioso pero impaciente lector de estas líneas inevitablemente se rehusaría a proseguir. Meandros, digresiones, formulismos técnicos, son los incontables baches que estropean cualquier relación de autos que se archiva en el juzgado. Prefiero, como digo, atenerme a lo indispensable.

Aquiles asesinó a su mujer. Supongo, por las declaraciones e incluso por las fotos del todo inapropiadas que obran en el expediente, que fue una mujer hermosa, de gran prestancia, tal vez dada a ciertos lujos, como tantas señoras jóvenes que saben lo que valen. Se llamaba Elena y se había casado por todas las leyes con el inculpado cuatro años antes de los hechos que acabaron con su vida. Todas las versiones apuntan a que los esposos se mostraban como una pareja muy bien avenida. No obstante, hay una laguna en los dichos del marido sobre el por qué no tuvieron o no quisieron tener hijos.

Aquiles es también un hombre joven, unos dos años mayor que su difunta mujer; parece a todas luces un muchacho bien educado, incluso bastante inteligente y yo diría que sensible al arte, refinado y de buenos modales, exquisitos modales, en mi opinión. Extraña, qué duda cabe, que haya estrangulado a Elena, aunque fuese, según sus propias declaraciones, en un arranque de ira incontrolable, producida por unos celos tan repentinos como insoportables, cuando la descubrió en pleno romance, por no decir que a punto de consumar el coito (disculpen mi tendencia a la jerga jurídica) con un sujeto de nombre Héctor que, a la postre, resultó ser –como en la mayoría de estos casos–, el mejor amigo del marido. Hasta aquí la extrema vulgaridad del caso.

Sin embargo, me siguen llamando la atención ciertos vacíos o silencios intencionados, en las declaraciones del asesino confeso; sigo advirtiendo algunas inconsistencias. Aún ahora me asombra sobre todo la rabia impenetrable y sorda contra su mujer que aun después del crimen seguía aflorando en cada palabra de sus declaraciones, incluso habiendo serenado ya su ánimo y recobrado el sentido de la realidad que había perdido totalmente en los momentos cruciales del crimen (lo cual, por cierto, constituyó el punto fuerte de la defensa, aunque finalmente se reveló como débil argumentación, dada la contundencia de su propia relación de los hechos).

Las diligencias se redujeron al mínimo gracias a ese sano principio jurídico que reza: a confesión de parte relevo de pruebas. Está cumpliendo su sentencia discretamente. Pero yo no dejo de preguntarme qué hay de falso en esta historia.

Lo vuelvo a decir: me llamo Aquiles, yo maté a mi esposa. La estrangulé porque no pude contenerme. Estallé de rabia cuando la vi revolcándose en mi propia cama con Héctor. Ni siquiera pude esperar a que estuviera decentemente vestida, simplemente la tomé por el cuello y apreté con todas mis fuerzas hasta que me di cuenta de que ya no podía respirar. Sólo entonces la solté. Su cuerpo cayó como un bulto pesado, pesadísimo, sobre la colcha arrugada, sobre la sábana húmeda, en la que todavía quedaban señales inconfundibles de su traición. Si las cosas volvieran a ocurrir así, casi estoy seguro de que haría lo mismo. Nunca pude soportar la traición. De nadie. Por eso me he negado a recibir las visitas de Héctor.

CUENTO CONTADO TRES VECES

1

Siempre he sido precavido, incluso demasiado prudente, al manejar. Pero esta vez sí que tenía motivos para estar distraído, con la mente en otro lugar. Acababa de estar en el hospital con mi madre, viendo cómo se le iba la vida a grandes tragos: invadida por tubos de uno y otro calibre. Para respirar, un par de delgados tubos por donde fluye invisible el oxígeno. Para comer, si a eso se le llama comer, un tubo por el que caen gotas silenciosas de un suero que de vital no tiene ni siquiera el nombre. Para orinar, una sonda que la invade de bacterias desde hace seis meses. Me pregunté cómo habíamos consentido trasladarla de su casa a la clínica, sabiendo como sabemos que podría no resistirlo, pues aunque parece no darse cuenta ya de nada, en el fondo reconoce el peligro, sabe que no está en su cama (esa cama hospitalaria y ese colchón de agua con el que intentamos mitigar las dolorosas consecuencias de su inmovilidad forzada), pero sobre todo, sabe que no tiene cerca a sus hijos, no importa que ya no parezca relacionar los nombres pero sí las voces, sí los gestos, sí el tacto de las manos que acarician sus brazos casi huesos, casi sólo piel, los dedos que recorren esa su cara tan fatigada, esa frente por la que pasan los re-

cuerdos como sombras entre las cejas finísimas dibujadas en el pergamino de la piel como señales en un mapa. No está sola pero está más sola que nunca: sólo espera. Alguien que la cubra con un manto tibio, alguien que la abrace sin estrujarla, alguien que refresque sus labios secos, alguien que descifre esos ronquidos o estertores que simulan palabras, alguien que le diga “no te vayas, valor, vuelve a la vida”, aun sabiendo que es inútil y que probablemente lo único que desea, si todavía puede desear, es dormir, soñar tal vez. Si alguien asegura que la muerte no les duele a los que mueren sino a los que seguimos vivos, que vaya allí, a ese cuarto de hospital, que palpe de cerca su dolor insondable y entonces hable.

2

En eso pensaba cuando se le atravesó aquel bulto, al principio sólo un bulto, y se vio obligado a despertar súbitamente de su ensimismamiento, apretar el pie derecho hasta el fondo del freno, y en instantes imprecisar, implorar, ahogar un feroz aullido que viene de la garganta. Cuando pudo reaccionar, trató de orillar el vehículo, intentó volver en sí, recuperar el aliento. Batalló unos segundos para dejar de temblar, para controlar la repentina taquicardia, para comenzar a respirar como si fuera un recién nacido al que obligan mediante una certera nalgada a abrir sus pulmones a un aire nuevo, fuera del útero. Contó hasta diez mientras inspiraba, reteniendo ya conscientemente el aire en sus pulmones; lo hizo tres, cuatro, cinco veces. Al fin, descendió del vehículo. Le pareció un poco extraño que no se detuvieran los pocos autos que habían pasado por ahí después del frenazo. Era miércoles, pasaba de las tres de la madrugada, quizá por ello. El bulto contra el que se había impactado estaba allí, a veinte metros del auto. Conforme se acercaba fue percibiendo los detalles. Era una mujer, sin duda. Se agachó todavía tembloroso para ver aquel rostro.

Descubrió la cara de la muerte. Aquella mujer estaba muerta, sin duda ninguna. Era una mujer vieja, una anciana que podría tener la edad de su madre. Miró por unos segundos la cara de la muerta, con sus ojos abiertos a la noche. Retiró la mano que había adelantado para cerrar aquellos ojos y de pronto sintió como si un resorte lo jalara desde la espalda. Retrocedió a grandes pasos. Subió al vehículo, que había dejado encendido, y arrancó. La noche de junio, seca, calurosa, se tragó la luz de los faros.

3

Iba pensando en ella y todo era como un mal sueño, una pesadilla de las que no terminan nunca. Al llegar a casa me entretuve un rato en la cochera mientras revisaba cuidadosamente el coche. Ni una señal de nada, parecía que hubiera regresado de las más plácidas vacaciones, ni siquiera se notaba el polvo del camino. Todo ha sido producto del miedo, puras imaginaciones mías, pensaba en tanto que me tomé el pulso para corroborar que era normal y que mi respiración estaba bajo control. Subí a la recámara tratando de no hacer ruido para no despertar a mi mujer. Sin embargo, cuando abrí la puerta se produjo un ruido fugaz, mínimo, que la puso sobre aviso de mi regreso. Me preguntó por mi madre. La tranquilicé con una respuesta anodina. Fui al baño. Revisé largamente mi cara en el espejo: no encontré signos de nada, mi cara estaba tan limpia como el auto, ajena a la pesadilla, incluso no me pareció que tuviera marcas del cansancio que me aquejaba en las últimas semanas, desde que mamá se había puesto en trance de muerte. Me acosté silenciosamente, deslizándome bajo la sábana como una anguila. Pensaba que podría dormirme, tal vez soñar. Pero fue imposible.

La mañana comenzó como todas. Me bañé, me rasuré, me vestí con parsimonia, preparé un licuado de frutas al que añadí una cucharada de polen. Tragué dos analgésicos contra la

migraña con un vaso de agua. Subí a despedirme de mi mujer: deposité un beso frío en su mejilla, tomé las llaves y salí de casa. Antes de llegar a la oficina, sentí un raro impulso de comprar los diarios. Nunca lo hago, algunas veces hojeo los que ponen en la sala de espera a disposición del público que cumple largas horas de antesala. Pero algo me impulsó a buscar en los tres periódicos la sección policiaca. Allí, en los tres, encontré la noticia. La redacción era idéntica, palabra por palabra. Todo indica que soy el autor de ese relato contado tres veces del mismo modo, con esa sintaxis desquiciada que me caracteriza, con las mismas leves imprecisiones y las mínimas mentiras que sólo yo reconocería. Entonces, como en las narraciones clásicas del género, debo admitirlo: yo soy el asesino, nadie más.

LEBRELES

Lo primero que llamó mi atención fue que la escena obedecía a una lógica vuelta de revés. No era un hombre el que guiaba, como los míticos conductores de cuadrigas, a ese par de canes apenas medianos, casi corrientes, incluso un tanto esmirriados. Eran dos lebreles como dos corceles de épocas sepultadas en los museos del Mediterráneo Oriental, los que diríase arrastraban al hombre joven que hacía denodados esfuerzos por mantenerse sobre la vertical, por simular que era él quien llevaba las riendas.

No había reparado todavía en la otra parte de la escena que, dada mi mala posición como observador (yo estaba del otro lado de la calle y los vehículos raudos me impedían la contemplación panorámica que hubiera deseado), podría explicar en todo caso la ridícula imagen. Cuando el hombre anduvo un poco más, quizá diez o quince metros, reconocí el luminoso objeto del deseo de los lebreles: era una mujer que vista casi de espaldas me pareció sacada de una película. Pensé en Jane Fonda en sus buenos (buenísimos) tiempos o en las piernas de oro de Raquel Welch. Su belleza se concentraba en aquellas sus piernas de antología, montadas sobre zapatos de tacones tan altos y virtuosos que deslumbraban tanto como su minifalda

untada a un par de nalgas en supino equilibrio, que hubieran enloquecido a más de un artista del Barroco.

Tuve envidia de los perros que babeaban sin pudor detrás de ella. Tuve pena por el hombre joven que apenas si podía refrenar a sus enfebrecidos lebreles y se conformaba con ir a la zaga, conquistador avergonzado, melancólico voyerista, reducido al miserable papel de paseador de perros.

JACOB DETRÁS DEL ESPEJO

Cuando pienso por un tiempo prolongado en que tuve un hermano gemelo, me viene de pronto una abrumadora tristeza y una sedante melancolía, sensaciones que se apoderan de mi ánimo y me dejan vacío, ansioso de no sé qué tiempos pasados, definitivamente nostálgico por muchas horas y a veces por días enteros. Entonces, me miro al espejo y encuentro a un desconocido, como si mis facciones hubieran usurpado las suyas. Recuerdo en esos momentos de perplejidad y desconcierto la historia de Jacob, el suplantador, aunque no me parece del todo pertinente a nuestro caso: mi hermano era tan sólo diez minutos mayor que yo.

A menudo me descubro imaginando qué habría sido de él. Algunos me preguntan otra cosa, pero esa tiene una respuesta muy obvia: para saber cómo habría sido él basta con que me miren cara a cara o en las fotos de familia. Según todas las fuentes autorizadas (mis padres, mis hermanas mayores, mis ubicuas tías) éramos idénticos, aunque ya se sabe que eso de la identidad en buena medida es sólo apariencia: la gente quiere ver a unos gemelos idénticos, no importa si nacieron en la misma bolsa o venían en paquetes separados, les da lo mismo si los visten igual o diferente; al que quiere verlos como si fueran clonados ningún rasgo le es suficiente para contradecir su

percepción: ni un lunar perdido por ahí, ni un tic, ni un gesto al llevarse la cuchara a la boca, por ejemplo, podrían convencerlo de que somos distintos: yo soy yo y él es él.

Cuando era todavía muy chico no faltaban las tías impertinentes que me echaran en cara la falta de él con una estupidez del tipo de “era más guapo que tú, el pobrecito, cómo fue que se murió”, y hasta con el descaro de insinuar que yo pude haberle causado la enfermedad que me permitió ocupar su lugar (“si no los hubieran acostado en la misma cuna, tal vez...”).

Qué habría sido de él no lo sé. Menos aún qué habría sido de mí si los dos hubiéramos sobrevivido a aquella fulminante neumonía. Quizá no estaría escribiendo esta página, yo que nunca había sentido jamás la tentación de enfrentar una pantalla en blanco para llenarla de palabras que me consuelen de una soledad inexplicable en otros, signos que invoco en busca de algo que perdí y estoy seguro de que nunca recuperaré. Sería él quien se habría convertido en escritor, ¿por qué, entonces soy yo el que intenta sobrevivir a mi presente, deletreando como analfabeta las palabras que me acerquen a mi verdadera cara, la que se oculta detrás del espejo?

Por cierto, a estas alturas, cuando arribo más confundido que antes al final de esta confesión, ya no estoy tan seguro de *quién de los dos escribe esta página*.

DANIEL EN EL FOSO DE LOS LEONES

No lo soñé, eso está claro. Tampoco lo he venido imaginando a lo largo de estos años. Sólo es probable que mi memoria haya ido deformando los hechos secundarios mediante un consabido proceso de destilación: poco a poco vas quedándote con lo esencial o con aquellos detalles que hacen soportable un recuerdo de esa índole.

Vi a mi padre y a Daniel, mi hermano mayor, suspendidos en aquel pasillo, en las alturas, como ejecutando una danza aérea, y me parecieron dos artistas de circo que se movieran a placer en sus trapecios mientras –diez pisos abajo– un público electrizado o indiferente juzgaba sus movimientos como si fueran el producto de fastidiosos ensayos.

Yo me había quedado un poco al margen de la escena. Ahora pienso que no estaba lejos, tal vez a unos diez metros; pero en mi recuerdo la sigo viendo como una película proyectada en una de aquellas gigantescas y panorámicas pantallas de cine que se usaron hasta muy avanzados los años ochenta. Mi padre se movía lentamente, con gestos calculados. Se parecía a John Wayne, el héroe americano sobre su caballo, el gesto duro, la cabellera blanca ya escasa, la piel un poco colorada por tanto sol a plomo en el desierto; sólo que en esta película no había caballo y él actuaba exclusivamente para Daniel, ni siquiera

creo que fuera consciente de que había otro espectador, yo, que seguía sus movimientos y sus palabras ansiando que acabara la pesadilla, aquella horrible película que nadie me había convidado a ver. Daniel sujetaba un enorme machete cañero en su puño derecho. ¿De dónde había surgido el arma? Hoy sigo ignorándolo, pero además me parece irrelevante, el hecho es que con ese machete amenazaba a mi padre, que trataba de inmovilizarlo ridículamente con un cinturón de vaquero (quizá por ello pienso en John Wayne y toda esa parafernalia del *western*) mientras lo colmaba de insultos en los que mi madre no salía muy favorecida. Apenas algo de sus palabras se me ha quedado fijo en la mente, como un resumen de aquel desajustado diálogo: “Suelta esa chingadera, Daniel, me vas a matar o te vas a dar en la madre allá abajo, muchacho jijo de la chingada”.

La tensión se rompió inesperadamente con la llegada de Miguel, otro de mis hermanos mayores, a quien Daniel obedecía siempre como perro faldero. Le habló de cerca, alzando los brazos como si lo invitara a bailar un vals. Le habló con palabras precisas, duras, pero sin insultos, hasta parecía un fraile seráfico tranquilizando a la bestia enfurecida.

Obviamente ahora que lo recuerdo es que viene a mi cerebro aquel poema que las monjas me obligaron a aprender en la primaria (simplemente porque yo tenía “buena voz” y memoria infalible). Miguel fue “el varón que tiene corazón de lis” que al fin pudo vencer la resistencia del “rudo y torvo animal” en que se había convertido mi hermano por obra y gracia de aquella enfermedad oprobiosa, humillante para él y para todos, que no sabíamos a ciencia cierta cómo se llamaba.

Esquizofrenia. Pero esto lo sé ahora. Ahora que mi hijo Daniel, ese adolescente que me mira con sus turbios ojos azules como si regresara de otra vida, como si hubiera escapado de una infumable película serie B, de esas que fascinan a los chicos de su edad, ese tierno muchacho que puede convertirse en torva bestia de un momento a otro me mira como al más

extraño de los seres que pueblan su mente desarreglada por los medicamentos.

Cada vez que la bestia nos amenaza en la paz del hogar y nos sentimos acorralados, yo vuelvo a preguntarme, ¿por qué tenté al destino –en el que no creo–, por qué desafié a un Dios en el que estoy dejando de creer, por qué lo llamé Daniel como al hermano cuyo rostro pretendía olvidar con ese nombre? No hice más que perpetuar su recuerdo y el de aquella escena en que mi hermano estuvo a punto de lanzar a mi padre al fondo de un patio de diez pisos, o más bien fue él quien estuvo a un instante de echarse desde aquellas alturas hasta el foso de los leones.

RECUERDOS A CAÍN

*M*e hubiera gustado que la historia fuese de otra manera pero qué le voy a hacer, si el primero que debería contarla como fue es mi hermano. Pero no, él aparece en ese programa de televisión en plan de víctima, como si nada hubiera hecho para ganarse el rechazo de sus hermanos, la desconfianza de mis padres y el odio, sí, el odio de su mujer; y ya ni hablar de lo que un día, cuando crezca lo suficiente, dirá su hijita, esa preciosa que no tiene culpa de nada.

Me preguntas si lo que dijo en la tele tiene algún sentido para nosotros. Desde luego que no. Porque, cómo vamos a creer que se presente como un indefenso a quien sus hermanos le retiraron el habla y hasta el saludo simplemente por haber tomado una decisión difícil, o sea: abandonar a su mujer y a su hija. Lo dice con la cara de inocencia que siempre tuvo, con esa caída de ojos de borrego a medio morir, esa media sonrisa con la que siempre se ganó la buena voluntad de mi madre, que le consentía sus caprichos y le pasaba por alto todos los desaires y malos humores. Y esa mirada que parecía decir: estoy muy arrepentido de mis travesuras, no lo volveré a hacer. Y papá le perdonaba todo, nunca lo tocó con aquel cinturón gastado, de cuero duro y rasposo con el que nos amenazaba cuando nos metíamos en problemas.

Yo lo quise siempre, no es novedad, todos lo saben. Era mi hermano mayor, mi modelo, yo ansiaba crecer para ser como él: simpático, atractivo a las muchachas, alegre y despreocupado, ingenioso, amable con todo el mundo.

Alguna vez le dije, es verdad, no tengo por qué negarlo, que cuando se casara sería bueno que llevara a su esposa a vivir con nosotros, que yo quería seguir durmiendo en el mismo cuarto con él, y que a ella le pondríamos un cuarto aparte, para que criara a sus hijos. Nunca me imaginé que eso llegaría a hacerse realidad y de qué forma. Qué extraña es la vida, cómo da vueltas. Por eso dicen, tal vez, que tengas cuidado con lo que deseas porque se te cumple.

Te preguntas por qué no quiso decir una sola palabra en el programa sobre el motivo del “distanciamiento” con sus hermanos. Es obvio, para mí, porque sigue siendo un maldito cobarde que no se atreve a dar la cara. Así fue siempre, consentido en todo, como primogénito que era: el más listo, el más guapo, el más agradable, sonriente y conversador. Pero siempre el más cobarde.

Ya ni caso tiene recordarte que alguna vez yo tuve que echarme la culpa por él, porque le horrorizaba perder el cariño de mis papás simplemente cuando se enteraran de que era él y no yo quien había perpetrado cualquier travesura, incluso de poca monta. Y me lo dijo aquella vez, ya no recuerdo ni siquiera cuál había sido el “delito”, dijo claramente: “algún día te voy a compensar, te voy a hacer un regalo que ni te imaginas, hermanito”.

Mira por dónde llegan las cosas. Ahora, después de todo lo que ha pasado, yo duermo con su esposa y cuido a su niña como si fuera mi propia hija. Claro que “eso” no ha sido un regalo, yo me gané el amor de Isabel y el cariño filial de la pequeña por mis propios méritos, no por un gesto del desgraciado de mi hermano.

Ah, pero eso sí. Puso su carita de Marcelino-pan-y-vino en la tele, el pobre hombre que no sabe por qué sus hermanos ya no lo quieren volver a ver. Cabrón. Que venga y dé la cara, que

venga aquí con su nueva pareja, que venga aquí envuelto en sus éxitos actuales en el periódico donde ahora trabaja: un diario grande de la capital que lo ha impulsado como periodista hasta un sitio que estoy seguro de que no se merece. Lo ha de haber conseguido gracias a los contactos de su amorcito.

Te preguntas y me preguntas que por qué no podemos reconciliarnos, si yo me quedé con su mujer y con su hija. Él decidió irse a la capital y ya no verlos. Es muy su problema, muy su gusto. Por si lo dudas, desde el comienzo del mundo existieron Caín y Abel. Y aquí siguen. Perdón, sé que debo decir “seguimos”, pero me cuesta mucho pensar que hay un Caín en la familia.

Por cierto, en caso de que alguna vez llegues a cruzarte con él, allá en la capital, sácale la vuelta. Aunque, si te parece mejor, dale mis recuerdos.

LA ESPADA DE DAMOCLES

1

*H*abía una vez una familia... Si esta fórmula todavía funcionara para empezar una historia que mucho tiene de maravillosa, la emplearía sin pudor. Pero lo que voy a contar me parece más bien una acumulación de desgracias, una tragedia sin sentido. Por eso he dudado al comenzar, aunque al final opté por contarla sin orden ni concierto, porque así me parece que ha ocurrido.

El mayor de mis hermanos varones se llamó Abelardo. Desde niño dio muestras de insumisión a todo designio de mis padres. Cuando ellos salieron del limbo de la ignorancia sobre la enfermedad congénita de sus hijos varones, ya Abelardo se había adelantado en toda una serie de prácticas riesgosas, lo mismo en el deporte que en otras actividades tan normales para el resto de sus amigos. Carreras en bicicleta sin tomar la más mínima precaución, turbulentos juegos de fútbol soccer en abruptas canchas de tierra suelta, improvisados *rounds* de boxeo a la menor provocación, ya fuera durante el recreo o a la salida de la escuela.

Parecía que Abelardo se había propuesto llevar al extremo un programa personal de aventuras a cuál más peligrosas:

cuando tuvo edad para otro género de experiencias, sólo en apariencia menos arriesgadas, también las acometió con una furia desbordada, como si necesitara exhibir el lado fatal de sus decisiones. Por ejemplo el sexo: con chicas siempre un poco lánguidas, un mucho atolondradas, un poco reacias a seguir consejos, un mucho curiosas de ver en qué paraban aquellas gimnasias improvisadas sobre el incómodo asiento trasero del vocho color fucsia, al que Abelardo llamaba con ternura su “bó-lido germano” y todos pensábamos que quería decir algo como “sólido hermano”, porque, ya se nota, lo nuestro no eran las palabras elegantes.

Y montado en aquel bólido desafiaba también las carreteras, por el puro placer de ascender a las montañas y bajar hasta el mar, oprimir los pedales, aferrado al enorme volante, consumir el combustible como si fuera producto de su propia respiración. De pronto lo sorprendía el alba, espléndida en lo alto de la carretera de Cuernavaca, mientras se detenía brevemente para orinar sobre las hierbas que trascendían un ligero vaho alcohólico en vez del rocío habitual, o tal vez era el rocío de su propia borrachera el que escapaba de su vejiga sin advertirlo. Todo terminaba frente a las playas de Acapulco, casi siempre en la Quebrada, donde tanto gustaba de admirar la audacia de los clavadistas, que enfrentaban desde los acantilados un destino no menos fatal que el de todos los demás, aun los que apenas mojan sus pies en la espuma.

De alguna de aquellas fugas desenfrenadas regresó con la convicción de que Ifigenia, una muchacha silenciosa y sonriente a quien había presentado en casa como “amiga” o “compañera de la Facultad”, era el amor de su vida, la mujer que debía aventurarse con él por el resto de sus días, compartiendo el riesgo y las caricias desenredadas, el riesgo y la cama quemante, el riesgo y los hijos que vinieran. Geni, como ella prefería que la llamáramos, aceptó el reto y luego de una boda más bien

precipitada y poco lucidora, partieron a Ensenada, el lugar más lejano que Abelardo pudo encontrar, no sólo para pasar los días clamorosos de luna de miel, sino el resto de su vida, sin importar cuánto significara la palabra “resto” para ellos.

Allá, a más de tres mil kilómetros de distancia, parecía no preocuparles nada. Ambos habían aceptado plaza de médicos del Seguro Social en esa ciudad semejante a un oasis en el desierto, frente al impetuoso océano Pacífico, que de pacífico sólo tiene el nombre, cerca de aquellos riscos donde se forma el espectáculo suntuoso y terrible de la Bufadora, allí donde el mar, como un gigantesco animal, obsesionado en atravesar la cortina de piedra del acantilado, se estrella con su destino una y otra vez, produciendo soberbias lanzas de espuma y un rugido de pavor que da nombre al paisaje de tarjeta postal.

Más de una vez recibí de Abelardo postales de aquel sitio siniestro, que nunca llegué a conocer porque cuando hacíamos planes para ir a visitarlos éstos terminaban frustrándose, por razones no siempre claras y a veces nimias. Tal vez mi hermano no quería que lo viéramos allí, en la ciudad que había elegido para morir. Por eso, era él quien hacía el viaje una vez al año, por Navidad o Año Nuevo, a nuestra casa.

Desde allá nos llegó la llamada telefónica de Geni un día de octubre. Aquí llovía a destiempo, con intensidad bíblica. Allá parecía que un viento de zozobra sonara en la bocina, o quizá era un eco lejano de la Bufadora. Mi hermano había muerto en la cama de un hospital. No se había roto el espinazo en la carretera transpeninsular, como siempre temí que ocurriera. No se había caído de la azotea de su casa. Simplemente había chocado con la pared de su destino, como el mar contra las rocas, pero a diferencia de aquellas olas bravas, Abelardo no había producido rugido alguno. Su corazón había decidido parar la fuga, detenerse antes de emprender otra carrera por la autopista.

2

Adalberto era mi hermano gemelo. Desde niño fue obsesivamente cuidadoso para evitar los accidentes que pudieran desencadenar una crisis de su enfermedad; y tal vez como consecuencia de ello, se volvió un muchacho solitario, receloso de todo contacto, absolutamente aprensivo con lo que comía y bebía. No soportaba siquiera un grumo de nata en la leche ni las peladuras del jitomate en los guisados o los restos de granos de arroz en el agua de horchata. Extremadamente delicado, no era por ello un muchacho débil o enclenque. Creció hasta una estatura aceptable, bien alimentado y bastante fuerte en su constitución, si consideramos todos aquellos caprichos y melindres.

Adalberto heredó la pasión deportiva de mi padre, el beisbol. Desde muy chico lo llevaba a prácticas y partidos en la Magdalena Mixhuca, donde los compañeros del Sindicato daban rienda suelta a sus frustraciones semanales con un bat, una manopla y muchas pelotas, duras y pesadas como cargos de conciencia. A mi hermano le encantaba pasar horas bajo el rayo inclemente del sol, sentado en el suelo o cuando más sobre un improvisado asiento, una cubeta de pintura que servía para trasladar las pelotas al término del juego. Horas embobado con aquellas ceremoniosas formas de un deporte cuyas reglas nunca aprendí a reconocer. Horas pendiente de un milagro que permitiera a su equipo preferido remontar un marcador adverso en la última entrada; eso se llamaba “dejar tendidos en el terreno” a los adversarios, un término que me parecía demasiado bélico para ese deporte que yo concebía como una especie de día de campo aburrido. Adalberto pudo haber sido un gran jugador, según el dictamen experto de papá, pudo incluso pasar de las ligas infantiles al profesionalismo y quizá convertirse en una estrella de los Diablos Rojos, el equipo de sus amores.

Pero mi hermano estaba marcado por el hierro invisible de la sangre que lo condenó a abandonar todo riesgo, aun el beisbol, deporte en el que la sangre no suele aparecer como resultado de incidentes violentos del juego, casi inexistentes, por otra parte. Yo veía estos juegos como una suerte de *ba-llet* incomprensible en el que a las repentinas carreras de unos cuantos sucedían lentos lapsos de una inmovilidad exasperante, escenas que mi padre resumía con un título absurdamente bélico: “estrategias”. Estrategias de guerra en un campo de cés-ped perfectamente recortado, estrategias para soldados que no acostumbraban a despeinarse a lo largo de tres horas, mientras bien podían no atrapar una pelota ni batear un solo lanzamiento.

El día en que Adalberto, que probablemente tendría unos doce años, regresó del campo de beisbol con un raspón considerable en la rodilla derecha, nada del otro mundo, nada que hubiera alarmado a cualquier otra madre aprensiva, fue también el último día en que practicó ese deporte. Estaba demudado, blanco más que una pelota nueva, los labios le temblaban. Al principio yo me burlé de él, pues sus miedos me parecieron una exageración. Pero se ofendió tanto y me miró de un modo tan lastimero que pronto me arrepentí y su agravio me cayó encima con el peso de la culpa. Nunca, lo juré con solemne gesto, volvería a reírme de su temor a morir por un raspón en las rodillas. Ese día, también, espoleada por la reacción inusitada de mi hermano, me puse a investigar sobre la enfermedad. Pocos días después, le comenté a mi madre, horrorizada, que era perfectamente posible y probable que una hemorragia tan mínima y ridícula condujera a mi hermano a una muerte prematura. ¿Por qué, me preguntaba a mis doce años saludables y bien vividos, Abelardo desafiaba diariamente al destino, en tanto que Adalberto se acobardaba a la menor provocación, sumiso y aterrado? Nunca lo supe; no creo llegar a saberlo nunca. Hoy, ambos están muertos y yo sobrevivo.

3

Decir que sobrevivo es una verdad que me duele cada vez más. Decir que mi madre nunca quiso darse por vencida ante la terrible certeza de que habría de enterrar a sus tres hijos varones antes de que ella misma fuera alcanzada por la muerte, me alienta en momentos en que no hallo sosiego porque la vida, o debería mejor decir la muerte, no nos da tregua. Hoy, mi hermano Arturo, el único que parecía haberse librado de la maldición, acaba de ser internado en el mismo hospital donde se encuentra mi marido, convaleciente de la operación en que le extrajeron un tumor del páncreas.

¿Qué haremos mi madre y yo, solas, para enfrentar la espada de Damocles? Mi padre abandonó la lucha hace unos años; apenas se había jubilado para dedicarse a enseñar el beisbol como *mánager* en las ligas infantiles, cuando el corazón no pudo aguantar el ritmo, le faltó fuelle suficiente para llegar al *home*: dos amagos de infarto lo pusieron en cuenta llena, el tercer *strike* lo tomó desprevenido. Fue triste para todos verlo “ponchado”, absolutamente abatido aun antes de que los médicos intervinieran. Se nos murió en casa, sin darnos tiempo a reaccionar.

Yo busqué, pensaba decir que inconscientemente pero seguro que no, un hombre sano, deportista, fuerte, que alejara de mí el terror de la sangre enemiga. Y creí haberlo encontrado en Heriberto: nadador, basquetbolista, corredor de fondo, ciclista de montaña, todo un dechado de virtudes, de costumbres sanas. Nunca fumó, raras veces bebía alcohol, se crio en las montañas veracruzanas, se curtió en el trabajo desde muy joven, construyó con sus propias manos una escuela rural, recién egresado de la Normal. ¿Qué más podía pedir? Me amaba y me ama, lo creo, con una especie de concentrada devoción. Sus hijos, mis hijos, son el centro de su vida. Se llaman Arturo y Abelardo. Y sí, ya sé que la enfermedad de mis hermanos se

transmite por vía materna, pero ahora no quiero, no debo pensar en eso; debo juntar todas mis fuerzas para ayudarlo a salir del trance en que lo ha puesto la vida: tiene cuarenta y cinco años y un cáncer en el páncreas, tiene una vida hecha, forjada por su solo esfuerzo, y dos hijos que pueden haber heredado la hemofilia. A veces me parece que el filo de la espada brilla muy cerca de mis ojos; yo los cierro con fuerza para evitar el resplandor que me ciega. No sé si podré resistir. No tengo el secreto, no tengo la inagotable fortaleza que tiene mi madre. No sé si podré cargar con tanta soledad.

In memoriam Arturo Monterrosas.

NARCISO, UNA VEZ MÁS

Como todos, se acostumbró desde niño a mirarse en los espejos. No era una mirada curiosa, ni siquiera se entretenía demasiado, como lo hacían sus hermanas, para quienes parecía uno más de sus juguetes. Cuando dejó de ser niño y su cuerpo empezó a transformarse salvajemente, como si la adolescencia fuera la maldición de una bruja, perdió todo interés en aquel objeto especular que reproducía los horrendos granos de su cara y magnificaba el horror de aquella mirada glauca, absolutamente ignorante de los cambios que ocurrían en el mundo.

Después de la tempestad llegó la calma, como después del verano las hojas de los árboles abandonan la comodidad cálida de las ramas y buscan en el suelo el reposo que el viento parece negarles. Él ya no era un muchacho encerrado en sí mismo; ahora vivía volcado al atractivo mundo que lo envolvía en luces de neón o de láser, luces filtradas entre el cristal de los vasos en que lucen bebidas de colores imposibles, rayos de deseo en las miradas de las chicas levemente alcoholizadas que le enviaban besos a través del humo de nitrógeno que expelían las bebidas sobre las mesas de mago de los bares.

Cuando se hizo adulto buscó desesperadamente mirarse en el espejo de otros ojos, pero nada, ni un destello le devolvían

aquellas miradas oscuras; aunque los iris fueran esmeraldas o topacios, a él siempre le parecían carbones apagados.

Eludía los lienzos de azogue de los sanitarios, por eso bebía poco, para no tener necesidad de desahogar su vejiga en los mingitorios de aquellos lugares y si alguna vez no podía resistirlo entraba como ciego hasta encontrar el retrete vacío. Al término de la faena, aliviado de la presión líquida de su vientre, volvía a cerrar los ojos hasta estar seguro de haber abandonado el sanitario; ponía la cara de un maniático atrapado en el baño de mujeres, tales eran su apuro y su congoja.

Pero en casa no era posible la misma proeza. De modo que se acostumbró a pasar por los espejos como si realmente no existieran. Se rasuraba casi a oscuras, al tacto, delante de un minúsculo pedazo empañado de espejo, adherido a la pared de la ducha.

Así pasaron años, quizá los mejores de su vida, como suele decirse. Hasta que un día logró satisfacer aquel deseo íntimo, tan secreto que apenas a los veinticinco años se había confesado a sí mismo: había alcanzado la plenitud serena de no mirar su rostro en ningún espejo. Una y otra vez lo probó en las estancias de su casa donde su madre había colocado discretamente algunos que atrajeran más luz para menguar aunque fuera un poco la intensidad de las penumbras. Ese día se puso su mejor corbata, se aderezó con la loción más cara, se esmeró en el peinado y salió a la calle.

La primera muchacha con la que se cruzó era la empleada de una tienda de teléfonos celulares que se apresuraba a atravesar la calle porque tal vez llegaría tarde a su trabajo. Cuando estuvieron tan cerca que sus cuerpos parecieron rozarse silenciosamente, ella le sonrió. Con la mirada. Sus ojos eran dos gotas de ámbar de un brillo que a él le pareció infinito como el agua de un lago.

MARGHERITA

Esta ciudad es famosa por sus callejuelas estrechas y sus abigarrados edificios de tres o cuatro plantas, en cuyos balcones se exhiben, despojadas de todo pudor, las intimidades de los inquilinos bajo la forma de prendas de vestir de todo género. Quien las mira con ojos de turista alucinado quizá sólo advierta la combinación variopinta de imágenes que sus pupilas apenas lograrán retener por instantes. Quien pueda, como el que esto escribe, mirarlas con perezoso detenimiento, sin estar al pendiente del reloj inventado por las guías de viajeros, tal vez se detendrá a pensar a quién pertenecen las delicadezas mezcladas, sólo en apariencia distinguibles bajo el sol bochornoso del mediodía, oscilando levemente en el viento que les roba la humedad y también los aromas de sudores, de humores o de amores.

Me pregunto si el *ars* combinatoria de estas prendas puede contarme su historia de traiciones o lealtades, si las sábanas que lucen ahora su despreocupada blancura como banderas de paz no cobijaron en su momento la vergüenza tierna y el placer furtivo de aquella muchacha que ahora detiene su bicicleta, desensilla y rauda escala hacia su cielo secreto, mochila al hombro, mechones de pelo como frondas al aire. O si las bragas, yo diría los minúsculos calzoncitos, que tremolan semejantes a leves alas escarlatas, apenas sujetos por un periquito de madera,

sirvieron todavía ayer para disimular el pudor vencido de la vecina que hubo conocimiento carnal con otro que no es su marido, tal vez con el muchacho que reparte las pizzas montado en su *vespa*, corcel blanquísimo y alado, prodigando sonrisas y enviando besos con los dedos sobre la tersa pantalla del iPod.

Sin embargo, podría equivocarme, porque el desplegado de sábanas albísimas y tristes en ese balcón indiscreto, logra que confunda al personaje real de esta historia: quien ha colgado esas prendas es Elena, la soltera del cuarto piso, aquella que acecha detrás de las cortinas mientras bebe un *espresso* aguado a pequeños sorbos, enciende un cigarrillo con dedos rugosos, la mirada alzada hacia un horizonte sin promesas, excesivamente añil para sus ojos pardos. Elena quisiera trocarse por Concetta, la chica de al lado, que sube ruidosamente –de dos en dos– los escalones de madera, acuciada todas las tardes por la premura de encontrarse con su joven amante: Gianni, el chico de rizos tímidos y mirada absortamente verde, torpe de manos y palabras, ansioso de labios, devorado por un fuego que se concentra en la entrepierna y no lo deja pensar hasta mucho después de consumado el goce. Elena quisiera ser Felicia, la mujer del tercer piso, aficionada a la pizza *margherita*, pero mucho más a los repartidores jóvenes y de preferencia con origen campesino, por aquello de las manos ásperas y las maneras salvajes.

Pero solo es Elena, dulce y amarga igual que fruta pasada, marchitándose al sol como sus sábanas, velas de una embarcación que nunca llegará a puerto seguro. Su historia, como otras muchas, me llega a trasmano –o debiera decir de boca en boca– desde alguna bisabuela napolitana, cuya sangre se fundió siglos atrás en la memoria, hasta hoy, mientras espero a que me sirvan esa delicia indecible cuya piel crujiente pasará pronto por mi paladar...

—*Ecco, la margherita!* –canta la chica que sirve a nuestra mesa. Su pelirroja rebeldía lucha contra la cofia que la encarcela;

sus labios, en cambio, gozan de absoluta libertad para dejar que escape una sonrisa limpia, como ropa recién lavada.

—*Grazzie tante, Concetta* —le contesto de inmediato, sin haber leído para nada el nombre que ostenta en el gafete colgado por encima de su glorioso seno derecho. Me doy cuenta de que igual pude haberla llamado Elena, pero es un nombre que no sonríe, un nombre con sabor a tragedia; griega, naturalmente. Yo no estoy para ensaladas griegas: negras aceitunas desabridas sobre amargas hierbas; hoy sólo me apetece la violenta pasta de tomate y la cremosa *mozzarella*, casi dulce, sobre la concha quebradiza algo tiznada, recién salida del horno. Placeres simples pero intensos para el turista ocioso.

COMO EL PEZ QUE SE VA

 El hombre es viejo. Parece estar allí desde siempre. Sentado entre las piedras más grandes, apenas a unos centímetros de la orilla del río. Sentado sin hacer nada por horas. Sólo mira el horizonte. Se integra al paisaje. Es como una piedra más. Es parte de ese cuadro: las piedras en la orilla del río, el cauce menguado, el agua que avanza muy lentamente, más bien pareciera no avanzar, como si a aquella altura el río se hubiera convertido en laguna, ojo de agua, oasis; los arbustos que no alcanzan a oscurecer su visión de lejanía; unos cuantos jarales, algún cañizal que se insinúa cien metros más abajo, donde el cauce se curva suavemente. Aparece una nube ligera, casi como una bruma de algodón dispersándose en el firmamento violentamente azul de las tres de la tarde. El calor se intensifica, vapores leves se advierten entre los arbustos y las piedras. La mirada del hombre capta todo detalle. A veces parece recordar de improviso la razón de su espera, levanta la caña y el anzuelo, y se dispone en lenta ceremonia a celar a alguna presa que se desliza fugaz bajo la superficie tersa de las aguas. En ese prolongado olvido de sí mismo, de vez en cuando vuelve a hacer —como en un exilio de la conciencia que se resume al cabo de varios minutos— otro gesto ritual: la mano busca en el pantalón raído la cajetilla de cigarros, el encendedor, y mecánicamente se lleva uno a los

labios, preparados como para una oración imprecisa o un beso no resuelto, apenas insinuado, un beso al aire de la tarde, al calor insufrible de esta tarde de primavera.

El hombre es viejo, enjuto de carnes, la piel color de olivo, curtida por los años y el sol. La barba de cuatro días le da un toque cenizo a su cara. Los ojos muy vivos, pero muy pequeños, bailan en sus órbitas al ritmo de una melodía inaudible y melancólica. Ninguna otra parte de su cuerpo se mueve. El hombre está allí, desde siempre. No se sabe lo que espera, o si espera algo, acaso tan sólo el fluir de las horas, lento, moroso, semejante a la corriente mansa del agua. El sol en lo alto, blandiendo su daga cegadora, se desplaza imperceptiblemente hacia un ocaso lejanísimo. El hombre fuma con desentendida parsimonia. Lanza el humo al aire, acariciándolo; el humo asciende simulando la forma del anzuelo, y se dispersa igual que un producto casi visible de su mirada fija, fundida con el paisaje.

De pronto, como si hubiera un acuerdo milenario entre el sol, los tordos que trazan caprichos geométricos en el azul inmaculado del cielo, las piedras que trasuntan la sed en vapor exudado, los espinosos arbustos que se defienden del bochorno sin apenas movimiento de sus ramas, el paisaje se trastorna, el río y sus guijarros anuncian una serie de mutaciones insignificantes que, sin embargo, alteran del todo la impasible trama de la tarde.

Llegan los muchachos. Desacomodan el paisaje. Rompen las armonías del silencio. Perturban el pacífico curso del río. Deshacen las volutas de humo que el hombre construye delicadamente con su cigarro. Pueblan el aire de ruidos. Refrescan la tarde con sus carcajadas. Desafían al sol con sus cuerpos. Rompen. Deshacen. Desacomodan. Juegan juegos de ostentosa virilidad con palabras como dardos. Quieren ignorar al hombre viejo que los mira sin mirarlos desde la otra orilla del río. Aun así, le lanzan miradas al sesgo. Le dedican algunas de sus más punzantes burlas.

Se burlan, se mofan, se hacen bromas, se amagan, se empujan. Mientras tanto van despojándose de ropa y calzado hasta quedar desnudos. Los juegos siguen, las groseras alusiones aumentan de peso. Turban la quietud de las piedras pisándolas sin consideraciones al filo de sus cantos labrados por la erosión. Entran al agua, se lanzan puñados unos a otros. Ríen con estrépito, sin pudor. Se zambullen. Hieren la tarde con falsos alaridos: vagas reminiscencias del Rey-de-la-selva deformadas en poses y voces del titánico *King-of-the-World*. El hombre esboza un gesto que quiere asemejarse tal vez a una sonrisa. Algo que viene de muy lejos en el tiempo, de muy profundas cavidades en su piel, pasa por su memoria, y deja una huella de melancolía en los surcos endurecidos de su frente.

Los muchachos hacen y deshacen el agua, parodian el estilo de nadadores famosos, construyen figuras y las desbaratan a fuerza de manotazos y risotadas. Se burlan, gritan, se mofan, ríen, se empujan, gritan, hacen piruetas, ríen, lanzan chorros de agua, convertidos en repentinos tritones, ángeles orinantes de fuentes barrocas, surtidores improvisados, gritan, ríen.

El hombre sólo atiende a la descomposición inopinada de su paisaje. Se concentra en reconstruir la armonía perdida del viento con el sol, la geometría precisa entre cigarro y caña de pescar, la ergonomía de su cuerpo acomodado entre las piedras, el matrimonio perfecto de su mirada con el agua. Imposible. La memoria es mala acomodadora de engranajes, ignora la pasión perfeccionista de los armadores de rompecabezas, no soporta la paciencia del relojero. La memoria reacomoda a su antojo, mueve las piezas sin otro plan que una simetría artificial, ajena a la realidad más lisa, la realidad sin relieves, sin bordes ni cicatrices. La memoria quiere otra realidad, acaso más intensa, más difusa. Por eso ignora los detalles y prefiere los trazos de conjunto y ama la invención sin escrúpulos. Así el hombre habrá de preferir una memoria de sí mismo que se parezca más a

lo que ahora mira y oye y casi palpa que a la inmovilidad serena de hace un rato.

Y así, los muchachos extenuados, ahitos de sol y de agua y de sus propios gritos y risas continuas, emprenden la retirada, comienzan a vestirse apresurados, en desorden, y alguno no alcanza a los demás que ya se van y toma en sus manos los zapatos y no se calza y anda entre las piedras y no advierte los filos crueles como navajas y se hace una herida en la planta del pie, y casi no tiene ya tiempo para sentarse a ensalivar un poco el sitio donde la sangre ha brotado, porque lo llaman ya los compañeros, porque se retrasa por su causa el plan de aventura que habrá de seguir, y ya corre dando traspiés y maldiciendo y dejando leves rastros de sangre entre las piedras más pequeñas y la tierra húmeda y las varas caídas de las cañas, y ya alcanza por fin al grupo y se siente feliz de volver al redil estridente.

Entonces, el viejo toma unos minutos en recuperar toda su conciencia. Respira hondo. Extrae un nuevo cigarro, lo enciende con fruición, produce tres o cuatro bocanadas redondas, reintegra el humo en caprichosas figuras al aire del que proviene, previamente reciclado en sus pulmones. Luego, impulsado por un resorte invisible y tiránico, el hombre se levanta y busca entre las piedras el rastro de la sangre, la huella del pie que el sol ha borrado, pero que la sangre delata todavía. Levanta una piedra en la que reverbera aún la gota, antes vivo escarlata, ahora carmín oxidado. Acerca sus labios para dejar allí como lacre el sello de su boca o quizá para absorber una diminuta porción del jugo de la vida.

Y cuando quiere retomar el hilo de sus meditaciones y la caña de pescar, se da cuenta de que un pez, un diminuto, anónimo, escurridizo pez, ha mordido el anzuelo sólo por un instante y luego ha escapado irremediablemente mientras él estaba distraído.

A CONTRAGOLPE

EL JUEGO DEL GATO Y EL RATÓN. Sólo los expertos, y acaso también los aficionados de hueso colorado al fútbol, podrían explicar con lujo de detalles las complicadas formaciones tácticas que los equipos utilizan en la cancha para descolocar a los rivales, para lograr romper el tedioso intercambio de pases en la media cancha, que no conduce a nada, salvo a la rechifla del público, que desaprueba tales estrategias porque nunca saciará su apetito de jugadas espectaculares que, aunque no culminen con el ansiado “pase a las redes”, por lo menos desaten los resortes de la más pura emoción, muchas veces contenida durante demasiados minutos de equilibrio de fuerzas. Se supone que algunos equipos juegan el juego del gato y el ratón, invitando a los contrarios a entrar en su área, como quien dice en su casa, para luego aprovechar el menor descuido y lanzarse a toda velocidad –como una ráfaga– hacia la portería rival, habitualmente por los extremos, practicando con ello un estilo de juego muy propio de los italianos –se dice–, eso que los cronistas clásicos llamaban “jugar a contragolpe”.

RITUALES DOMINGUEROS. Maximino Rivero, que había sido un gran defensa central desde los tiempos de la selección olímpica mexicana en el setenta y seis, había invitado a Rodolfo,

y al parecer sólo a él, ese domingo de junio, para ver el partido de México contra Bulgaria en la casa, más bien modesta, del exfutbolista. Maximino se había retirado prematuramente del deporte profesional, una vez que los médicos del club confirmaron el diagnóstico fatal de su enfermedad. Rodolfo, en cambio, apenas podía considerarse un aficionado práctico, de esos que juegan cada domingo con sus compañeros de trabajo sin mucho entrenamiento, sin mucha convicción, simplemente para estar con los amigos y desahogar la adrenalina contenida a lo largo de la semana, para gritar goles o aproximaciones de goles (para el caso es lo mismo) a todo pulmón, echarle bronca al árbitro a la menor oportunidad, incluso zancadillear al rival por el mero gusto de verlo retorcerse de dolor, y luego abrazarse con los demás jugadores para celebrar la victoria o la derrota, da igual, con una lluvia de cervezas y muchos tacos de carnitas con salsas extra picantes. Rituales domingueros y sólo eso.

TÉCNICAS DE MALABARISMO. Maximino Rivero podría haber invitado, sin duda, a cualquiera de sus excompañeros de equipo, de aquellos que también se habían retirado unos años después que él y con los cuales se veía aunque ya no con tanta frecuencia como en sus tiempos de jugador activo, especialmente con su compadre Vázquez, también defensa central como él en el glorioso y sufrido Atlante de los años setenta. Podría haber invitado, por qué no, al innombrable ídolo de ídolos del fútbol mexicano, que pertenecía a su misma generación y había hecho carrera con los Pumas de la Universidad y luego en Europa, vistiendo la camiseta merengue, subiendo como espuma los escalones de la fama, eso sí, a base de goles de toda factura, algunos francamente memorables, de chilena, de volea, de media tijera, de cabeza, todo un catálogo de técnicas de malabarismo con el balón; pudo haberlo invitado, pero el hombre de la enredada cabellera, estaba cultivando su ego desbordante en la mismísima cancha del Azteca esa mañana de junio, prolongando su exitosa

carrera, cuidando sus valiosas extremidades inferiores para el siguiente torneo de la liga española.

CAMINO AL ESTRELLATO. Lorena se llamaba en realidad Bibiana. Pero desde la época en que había participado en el concurso de Miss México, representando al estado de Oaxaca –aunque en realidad había nacido en un rancho limonero ubicado en los límites del estado de Colima con Michoacán–, prefería que la llamaran Lorena porque ese había sido el nombre elegido para convertirse en modelo, inclusive en actriz de telenovelas. Para ello tenía muchas ventajas: era muy alta, varios centímetros por encima de Lucía Méndez, por ejemplo; era morena, pero no tanto, lo que le daba ese aire “latino” que comenzaba a imponerse en la tele por entonces; era delgada, como correspondía, pero definitivamente no el tipo de flacura anoréxica que todavía no se ponía de moda; tenía muy bien definidas sus redondeces: unos pechos inabarcables y unas caderas de *garota* de Ipanema que habrían enloquecido a cualquier productor de televisión si antes no se hubiese cruzado en su camino al estrellato la sombra alargada de Maximino Rivero, defensa central del Atlante, aquel hombre que parecía un atlante yaqui de los desiertos de Sonora y sólo era un muchacho con muchas facultades que había salido del torneo de los barrios del D. F. y luego fue firmado por un club de la primera división. Lorena y Maximino se conocieron en una fiesta a la que ella fue invitada por su amiga Rosa Dinorah (se llamaba Nora Rosales, según su acta de nacimiento, por cierto falsa), incipiente actriz y cantante, aspirante a *vedette* –todavía les decían así para diferenciarlas aunque fuera un poco de las encueratrices que ahora se llaman teiboleras–, ex Miss Morelos, que andaba de novia de Vázquez, el otro defensa central del Atlante. Nora y Vázquez se casaron pronto porque en un descuido muy premeditado ella quedó embarazada de gemelos varones. Maximino y Lorena esperaron, aunque no mucho, para no ensombreceer la rumbosa boda de

sus amigos con su propio casamiento que fue, sin duda, más discreto, como discreta fue siempre la carrera de Maximino y también la vida de ambos a partir de entonces.

ELEGANCIA Y FINURA DE TOQUE. Apenas había pasado el mundial de España, al que los mexicanos no asistieron por causas nada desconocidas: en las eliminatorias jugaron como nunca y perdieron como siempre, o viceversa. Maximino Rivero empezó a sentir una flagrante baja de juego, la energía se le iba en los entrenamientos, con facilidad se sofocaba, no terminaba los partidos debido a repentinos calambres; el profe Maloc, su entrenador, no entendía qué le estaba pasando y reaccionó de la peor forma posible, marginándolo del once habitual. Maximino se esforzaba por aparentar que estaba en buena forma, pero en el fondo temía lesionarse en el momento más inoportuno, ya ni siquiera en los entrenamientos sino al salir de casa, al subir las escaleras o al jugar con sus hijos –casi bebés en aquella época– porque estaba consciente de la merma de facultades que lo acosaba. El médico del club, tal vez por pereza, se mostró displicente, de modo que las pruebas físicas y los análisis se retrasaron más de lo que hubiera sido de desear. Finalmente, cuando ya era imposible para Maximino ocultar sus padecimientos, para los médicos persistir en su negligencia, para el director técnico seguir haciéndose de la vista gorda, para los dueños del club seguir pagándole un sueldo sin garantía de resultados, el jugador fue internado en una buena clínica, los estudios fueron hechos, las consultas de alto nivel se sucedieron, los conciliábulos entre doctores, preparador físico, entrenador y directivos no se hicieron esperar, presagiando un diagnóstico ingrato, funesto para el todavía joven futbolista, auténtico pilar de la defensa, torre imbatible del área grande, pareja indiscutible del afamado Vázquez –por ese tiempo seleccionado nacional–, pero también esposo devoto de la bella Lorena, aspirante a actriz y modelo, y claro que padre ejemplar, exídolo del torneo de los barrios, desde luego

favorito de muchos comentaristas por su solvencia técnica, su elegancia y finura de toque (algunos cronistas lo habían equiparado con cierta chovinista benevolencia al káiser Beckenbauer). Como en tantos otros casos, la desgracia favorece al retratado frente al público, ávido de historias truculentas. Pero al hombre discreto que era Maximino, todo eso no le sirvió de nada.

EL PRECIO DE LA FAMA. Casi por los mismos tiempos en que Maximino hubo de asumir plenamente los riesgos y sobre todo las consecuencias previsibles de su enfermedad para tomar la dolorosa determinación de retirarse de las canchas, su colega y compadre, su amigo de toda la vida, Vázquez, el otro pilar de la defensa, comenzó a sentir en carne propia (alguien diría “en cuerno propio”) el precio de la fama, no tanto de la suya (no era para tanto ser seleccionado nacional en aquellos tiempos de desprestigio del tricolor) cuanto de la ajena: era el marido naturalmente celoso de una mujer naturalmente discola, dominada por las veleidades de la farándula. Rosa Dinorah, como se hacía llamar, desaparecía del lecho conyugal durante largos periodos con el pretexto del trabajo: extensas giras por palenques de pueblos perdidos en los desiertos del Norte, temporadas en cabarets de primera y de segunda, en hoteles de cinco, de cuatro o hasta de tres estrellas, lo mismo en Acapulco que en el recién estrenado Cancún; presentaciones de relumbrón o decididamente chafas en ferias regionales, no siempre las de mayor prestigio como Aguascalientes o Texcoco, sino hasta algunas que ocurrían en municipios de nombre impronunciable escondidos en la sierras del Sur. Y entre una presentación y otra, en aquellos lugares imposibles de recordar, no faltaron las tentaciones en forma de empresarios sibilinos o fornidos guardaespaldas o más aún compañeros del medio artístico: baladistas de dudosa virilidad o bragados cantantes de rancheras, cuyos bigotes y cejas más negros que la noche hacían las veces de palabras seductoras. Y como la carne es débil, la soledad

mala consejera y la máquina del corazón requiere mantenimiento, no tardó Rosa Dinorah en sucumbir para salvarse del tedio, aunque los galanes se pasaran de sinvergüenzas o pecaran de indeseables, siempre y cuando tuvieran bien puestos los atributos para amar y los supieran usar con destreza suficiente. En uno de esos episodios fue sorprendida por el padre de sus gemelos, uno de los cuales había enfermado súbitamente y por ello el atribulado marido, que como criador de niños era muy buen futbolista, le llamó al hotel donde se hospedaba (lo mismo da que haya sido en Puerto Vallarta que en Villahermosa). *Una voz varonil dijo de pronto:* —Dinorah se está bañando. ¿Quién chingados le habla a estas horas? La demanda de divorcio duró varios meses sobre el escritorio del abogado hasta que Vázquez tomó la decisión de pagar el precio de la fama peleando en los tribunales la custodia de sus hijos.

IMÁN PARA LA TAQUILLA. Maximino Rivero dejó de jugar profesionalmente un día de agosto de 1984. La despedida en el Azteca fue amarga, como cabía esperar, pero clamorosa, llena de muestras de solidaridad, de buenos deseos, abrazos sinceros y condolidos de sus compañeros de equipo, lágrimas de auténtica desdicha de parte del utilero, de los masajistas, de aquellos empleados del club que de verdad sentían como propia su desgracia. No obstante las caras largas, poco convincentes del entrenador y los directivos, la simpatía de los aficionados, conmovidos hasta la médula por la actitud del silencioso y discreto homenajeado, se hizo notar en las porras y en los cánticos que resonaron por toda la gradería y que se quedaron grabados en una especie de videocinta interior que Maximino no olvidaría jamás. Luego, conforme su mal fue avanzando, sus amigos convocaron a partidos de exhibición para beneficio de sus hijos. En algunos de ellos se reunió la selección olímpica del setenta y seis con la presencia inesperada del superastro madridista, quien resultó un imán para la taquilla. De ese modo se formó un fidei-

comiso para los niños: era un secreto a voces que la esclerosis múltiple se llevaría más pronto que tarde a Maximino.

LA ABSOLUTA NOCHE. Cada día empeoraba su situación. Dejó el fútbol completamente, incluidos los juegos amistosos y aun las cascaritas ocasionales. Hasta donde pudo siguió caminando muy de mañana por los alrededores de su casa; el camellón de la avenida era muy ancho y tenía una ciclopista que algunos usaban para correr; cuando lo veían con el bastón ortopédico le cedían el paso y de soslayo dejaban resbalar una mirada compasiva que a él le sabía amarga como la más amarga medicina. Después ya no pudo salir sino con ayuda de una andadera. Verse en tal trance lo avergonzaba tanto que prefirió encerrarse en casa. Adaptaron la sala como recámara en la planta baja para que no tuviera que subir escaleras. Pero había veces en que lo intentaba tan sólo por disciplina, quizá para sentirse vivo, y entonces ascendía con gran dificultad, palpando las paredes como un ciego, deteniéndose en cada escalón como lo habían hecho sus hijos cuando apenas gateaban o empezaban a caminar. Y llegó el día en que no pudo ni siquiera devolverle una pelota a su hijo menor y el día en que le fue imposible abrazar a los niños porque la menor presión sobre sus músculos dejaba huella permanente, como si su cuerpo fuera de plastilina, deformable y tan frágil como una esfera de vidrio. Y estaba por llegar la noche en que tal vez no podría ya mirar el cuerpo de su esposa sin sentir horror por sí mismo, la interminable noche de angustia cuando ya no pudiera ni besarla. Estaba por llegar la absoluta noche de su fin. Pero algo podría hacer antes.

EL ÚLTIMO MINUTO DE JUEGO. Viene a su casa Rodolfo Gómez. La traición en andadera viene, en muletas viene. A su casa. Rodolfo invitado. Hoy juega México partido decisivo en Mundial. Quince de junio, contra Bulgaria: vencer o morir. Hace diez años selección olímpica: Montreal. El pilar de la defensa:

derrumbado. El atlante del Atlante: muñeco de trapo: juguete que se rompe. Hoy juega Maximino partido decisivo. El rival llega con muletas. Hubiera preferido invitar a su compadre Vázquez, pero estará en el estadio coreando los pases, haciendo la ola, gritando el gol impecable de Manuel Negrete: media chilena, media tijera: gol perfecto, sueño de toda una vida. Cien mil almas vibrando como una. Rodolfo Gómez llega con muletas. Maximino no bebe cerveza. Rodolfo dice salud, dice un cabrón me rompió la pierna, dice gracias mientras se acomoda en sofá, dice qué bruto qué gol chingón qué gol qué gol. Estadio grita gol. Maximino piensa chingue su madre el mundo, vencer o morir, qué golazo de Manolo. Última alegría tal vez. Rodolfo no mira a Lorena. Rodolfo piensa: él sabe, cabrona Lorena, se lo dijo: él sabe. Maximino dice yo hubiera invitado a mi compadre Vázquez pero ya ves. Rodolfo no entiende: ¿qué tiene que ver Vázquez en este triángulo? Maximino dice siempre me gustó jugar a contragolpe. Partido concluye: apoteosis, diez minutos de aplausos, público no abandona estadio, cien mil espontáneos cantan himno nacional. Maximino dice puta qué chingón mientras gruesos lagrimones brotan espontáneamente de sus ojos. Rodolfo interroga con ojos estúpidos. Lorena evade miradas. Maximino dice hubiera preferido a mi compadre Vázquez. Rodolfo dice de qué hablas. Maximino calla un minuto: sesenta segundos mirándolos. *El último minuto de juego también tiene sesenta segundos* (don Fernando Marcos). Maximino dice par de ojete: hubiera preferido a mi compadre Vázquez, mi pareja en la defensa. Maximino mira a Rodolfo Gómez por no mirar a Bibiana.

OBLIVION

Para leerse con música de Piazzolla

*Dos o tres veces había reconstruido
un día entero; no había dudado nunca,
pero cada reconstrucción había
requerido un día entero.*

BORGES, "Funes el memorioso", *Ficciones*.

El día de hoy es jueves. Jueves quince de octubre. Estamos en el año dos mil quince. Me llamo Ximena. Tengo treinta y cuatro años. Tengo una hija de seis años. Se llama Cristina. Está inscrita en primero de primaria. Colegio de la Inmaculada Concepción. Vivimos en la colonia Torres de Cristal. Paseo de los Olivos doscientos cuatro. Hoy es jueves quince de octubre. Me llamo Ximena. Mi hija se llama Cristina. Mi esposo se llama Alejandro. Trabaja en una empresa tecnológica norteamericana. Él contesta llamadas en inglés. Yo sabía hablar en inglés, más que él. Pero lo he olvidado.

Dicen que hace un año tuve un accidente. El doce de octubre del año pasado. Y perdí la memoria por completo. Necesito recordar cosa por cosa. Todos los días debo recordar lo mismo. Mi marido me anotó las cosas que debo recordar para

no perder mi mente. Cómo me llamo. Qué día es hoy. Quién es mi marido. Quién es mi hija. Dónde vivo.

Unas cuantas cosas que debo tener en la memoria.

Mi memoria tiene muy corta duración. El médico me dijo que mis recuerdos tardan en borrarse alrededor de quince horas. Todos los días al levantarme necesito saber qué día es hoy. Si no leo mis recuerdos solo sé que hoy es doce de octubre del año pasado. Lo único que recuerdo sin leer es que hoy tengo cita con la ginecóloga a las once de la mañana. Es lo único que recuerdo todos los días. Tengo que leer en este cuaderno para saber cómo me llamo. Cómo se llama mi hija de seis años. Cómo se llama mi marido. De qué color es el pelo de mi hija. Los ojos de Alejandro. Las manos de Alejandro me acariciarán hoy pero mañana lo habré olvidado.

Recuerdo mi cita del doce de octubre del año pasado. Cita con la ginecóloga. Dicen que era para corroborar mi embarazo de diez semanas. Sólo recuerdo que al salir resbalé en el mármol del piso y mi cabeza pareció estallar en el piso de mármol de una escalera. Sólo eso recuerdo. Por eso tengo que leer mi vida de hoy en este cuaderno.

Para saber quién soy, para que no se me borren los recuerdos a las once de la noche. Necesito mirar los ojos de Cristina antes de que se duerma. Necesito que las manos de Alejandro me acaricien antes de las once de la noche porque mañana lo habré olvidado.

Quién soy. Cómo me llamo.

LOS MEJORES AMIGOS

Paso 1

Julio era el mejor amigo de Francisco, quien a su vez era el mejor amigo de Federico. Desde la secundaria se conocían. Desde la secundaria fueron los mejores amigos. Cuando salieron de la preparatoria, en la fiesta de graduación, se emborracharon juntos, quizá por primera vez. Brindaron con bebidas más bien corrientes, de las que pronto se suben a la cabeza, y sellaron su amistad para toda la vida con juramentos clásicos de adolescentes borrachos al borde del vómito, en la calle del salón de fiestas, a las cuatro de la madrugada, mientras las notas del mariachi empezaban a ser sólo un barullo borroso en sus cerebros embotados de alcohol barato, humo de tabaco, altos decibeles de música disco, risotadas y palabrería interminable a toda voz, con las gargantas ardiendo para hacerse escuchar en aquella especie de zona de guerra silbante. Meses después su amistad se consolidó al ingresar cada uno a una carrera distinta en la universidad. Julio había sido un pésimo estudiante, a duras penas sacó el bachillerato, por lo que no alcanzó lugar en la carrera que deseaba, derecho, y tuvo que conformarse con estudiar administración financiera, lo que ni le hacía ilusión ni

le interesaba, ni iba con su carácter jocosos y desenfadado. Francisco logró colarse, mediante la consabida ayuda o palanca de algún pariente, a arquitectura; era habilidoso para las relaciones, embaucador, desenvuelto y especialmente atractivo para las mujeres. Federico, en cambio, con ser el más circunspecto de los tres, tenía la vida más o menos resuelta, gracias al negocio familiar, por lo que estudiar para contador público no fue una elección difícil sino la más cómoda y la más idónea para las pretensiones de su familia. Siguieron viéndose a menudo, siguieron emborrachándose juntos, se pasaron al tequila de buena calidad y a los churros de mariguana que Francisco solía conseguir con facilidad sospechosa.

Paso 2

Francisco siguió siendo el mejor amigo de Federico, quien a su vez pasó a ser el mejor amigo de Julio durante los años universitarios. Al graduarse se invitaron recíprocamente a las fiestas respectivas. Brindaron con mejores bebidas que en la preparatoria y al concluir las agotadoras bacanales, con el mariachi y las rancheras desafinadas casi al amanecer, se invitaron mutuamente a curarse los excesos de la cruda con un menudo picante y alguna disfrazada bebida alcohólica en un local que quedaba muy cerca de la casa de Julio. Todavía eran solteros. Eran los mejores amigos. Brindaron por ambas cosas con aquel brebaje que sólo los crudos podían tolerar.

Siguieron reuniéndose, ahora con menos frecuencia, sus vidas separándose como líneas divergentes que de vez en cuando volvían a cruzarse o coincidir en fiestas, en reuniones de pocos o de muchos, con poco o mucho alcohol; alguno, Francisco tal vez, pasó de los churros de mariguana a la raya de cocaína con el pretexto de que tenía que ir a trabajar fresquecito

al día siguiente muy temprano; además, seguía consiguiendo todo con sospechosa facilidad.

Un día, los treinta años de Federico los atraparon con la noticia de que se casaría pronto con su novia de toda la vida, Karina, amiga también de sus mejores amigos. Motivo de abrazos, motivo de brindar nuevamente, ahora con whisky caro, emborracharse hasta perderse en la despedida de soltero. Francisco se ocupó de conseguir lo que solía, con sospechosa facilidad. Julio invitó a muchachas de dudosa virtud pero buena reputación para hacerles compañía de madrugada, cuando las bebidas escasearan y los polvos mágicos de Francisco salieran a relucir.

La fiesta de la boda fue rumbosa, costeadá íntegramente por la familia de Federico, que para esos menesteres se pintaba sola. Hubo bebidas caras, comida muy buena, mucho baile, música de toda índole, muchos invitados de ambas partes, quizá más por el lado del novio. Las malas lenguas y las miradas de lince, que nunca deben faltar en una boda, dieron cuenta de que la novia estaba algo adelantada en su embarazo, a lo mejor de cuatro o cinco meses. Por ello, el heredero apareció apenas unos meses después de la luna de miel.

Paso 3

Francisco dejó de ser el mejor amigo de Federico, Julio siguió siendo el mejor amigo de ambos. El matrimonio de Federico no duró mucho, bastaron unos meses para que el heredero se pareciera sospechosamente a quien no debería parecerse, por lo cual las familias de los nuevos esposos intervinieron drásticamente con métodos efectivos aunque dolorosos para zanjar las cuestiones legales y hasta patrimoniales. Julio consoló de sus penas a Federico en proverbiales borracheras que duraban hasta la madrugada, eso sí, sin churros de mariguana ni rayas

de cocaína porque ninguno de los dos tenía facilidad para conseguir las y tal vez ni falta les hacían.

Volvieron a reunirse cuando Julio anunció su matrimonio con Regina, su novia de toda la vida, prima hermana de Francisco, el cual asistió a la boda en calidad de pariente pero no a la despedida de soltero de Julio. En la boda bebieron bebidas caras por demasiado tiempo, tanto que hubo oportunidad de reconciliación entre Federico y Francisco, aunque no pudieran volver a ser los mejores amigos. No hubo mariguana ni rayitas de nada ni un desayuno con menudo, porque ese local estaba cerca de la casa de Julio y Julio se había ido de luna de miel a Los Cabos.

Paso 4

Federico era el mejor amigo de Julio, quien a su vez siguió siendo el mejor amigo de Francisco y casi el único, porque aquel se volvió huraño, se le agrió el carácter y con el tiempo hasta perdió la galanura que le había permitido por años seducir, al menos de eso presumía, a muchas mujeres. Cuando Federico anunció que volvería a casarse, ahora con Valentina, a quien el tren del matrimonio se le estaba yendo, luego de haber salido por años con parejas inestables y de ocasión (uno de ellos el mismo Francisco), los amigos volvieron a reunirse como si de solteros se tratara. Bebieron el mejor whisky de sus vidas pero sin mucho afán, casi con desgana, al final hasta bronca hubo: Julio tuvo que poner paz entre sus mejores amigos antes de que la cosa terminara en el hospital y la boda se pospusiera por indisposición del novio. En la boda se comportaron como los mejores amigos que siempre habían sido, pero nadie les creyó.

Último paso

Julio siguió siendo el mejor amigo de Federico y trató de seguir siendo el mejor amigo de Francisco, cosa bastante difícil de conseguir. Francisco había regresado a sus gustos de antes: bebidas caras, marihuana, rayitas de cocaína. A Julio le costaba trabajo seguirlo porque se estaba volviendo un virtuoso conyugal. Una madrugada, en una cantina de moda, Francisco le reveló a Julio lo que éste ya sabía: por qué ya no era el mejor amigo de Federico. La confidencia parecía la letra de un bolero de José Alfredo Jiménez o de Cuco Sánchez: “amor, dolor y traiciones”, algo así había dicho Francisco con la garganta desgarrada y los labios adormecidos por el alcohol.

Fue la última vez que se vieron. Luego del accidente fatal de Francisco, los mejores amigos volvieron a reunirse en la funeraria. Ninguno estaba ya soltero, uno estaba muerto, no había mucho por qué brindar.

2020.

LA NOCHE DE LAS APARICIONES

—¿Tú la invitaste? —le preguntó mi padre a Óscar.

—¡Claro que no, don José! Fue Pepe el que la invitó —respondió el amigo de mi hermano.

—¡Ah, mira! Con que esas tenemos —añadió mi madre, frunciendo el ceño.

Mi hermano enrojeció y palideció al mismo tiempo, si eso es posible. No había escapatoria, había que decir la verdad ante la imprudencia del siempre despistado Óscar.

—No la invitamos. Ella sola se invitó.

A Pepe le hubiera gustado enfrascarse en una discusión filosófica sobre el asunto de quién había invitado a la muchacha brasileña a pasar unos días de vacaciones hospedada en nuestra casa. Y de hecho, era totalmente cierto que ella se había apuntado a raíz de la ingenua invitación más o menos abierta que Pepe había hecho en su equipo de trabajo. Él nunca se había imaginado que una chica como Joana estuviera dispuesta a hacer un viaje incómodo de quinientos kilómetros en un autobús de segunda clase para ir a una ciudad aburrida del centro del país, lejos de las playas y balnearios que cada Semana Santa se atestaban de viajeros.

—¿Desde cuándo las muchachas decentes se invitan solas a viajar con hombres? —insistió mi madre, cuyo carácter

habitual era sereno, pero que en esa ocasión había exhibido una inusual furia, tal vez propiciada por los modos descarados y hasta impúdicos, como luego se evidenció, de Joana.

Pepe hacía señas para que mi madre bajara la voz porque era probable que la chica estuviera oyendo. Había ido al baño, que quedaba lejos del comedor, pero en una de esas ella podía regresar silenciosamente y darse cuenta de que hablaban, y no bien, de ella.

—Ni español habla —concluyó mi madre como respuesta a una pregunta no formulada.

—Pero bien que entiende todo, aunque se hace la que no —dijo mi padre, a quien no se le había bajado el malhumor.

Esa mañana, después del desayuno, mi hermano y su amigo iban a llevar a Joana al único balneario de la ciudad.

Pepe había estudiado en el Seminario unos cinco años, por eso en nuestro barrio, barrio bravo sin duda, la raza —jesos borrachos vagos!, les decía mi madre— le apodaba “el padrecito”.

—Compártela, padrecito —le gritaron descaradamente cuando vieron desfilar por la calle a él, a Óscar y a Joana, buscando un taxi. La muchacha llevaba puestos unos minishorts que hacían homenaje a sus espléndidas piernas y no dejaban mucho que imaginar sobre su brasileño trasero, además lucía una camiseta que apenas llegaba al ombligo, lo que definitivamente iba provocando el babeo incontrolado de los vagos de la esquina.

En el balneario prosiguió la turbación de Pepe en forma de sonrojo permanente. Óscar era tan distraído que no notaba las miradas lascivas de la mayoría de los hombres presentes en la alberca y el envidioso desprecio de las mujeres. Pepe, en cambio, estuvo todo el tiempo incómodo, alerta a las reacciones de los demás bañistas; parecía sufrir por anticipado el regaño de sus padres.

Joana disfrutaba a sus anchas, mostrando con naturalidad no fingida su espléndido cuerpo tropical, bronceado y bruno

en las playas cariocas (porque sí, era de Río de Janeiro), apenas cubierto por un diminuto bikini verde y amarillo (faltaría más).

—¡Virgen santísima! ¡Jueves Santo y esta muchacha casi desnuda en una alberca llena de hombres! —estalló mi madre, cuando Óscar, sin tiento alguno, contó a la hora de la cena las incidencias del día.

—¡Lo que hay que ver! —siguió diciendo mi madre, en tanto retiraba los platos de la mesa y se disponía a lavar los trastes. Joana había ido a lavarse los dientes.

Había nuevos comensales. Mientras mi hermano, su amigo y la chica brasilera se divertían desigualmente en la piscina municipal, habían arribado sin avisar mi primo Pablo y su esposa Teresita desde su pueblo en los Altos de Jalisco, el mismo pueblo natal de mis papás. La visita, que en cualquier otro momento no hubiera significado problema alguno, de pronto pareció una nube cargada en el cielo impoluto, ardientemente azul de los días de abril.

Espacios compartidos. Esa podría ser la definición de nuestra casa, vieja casa remodelada una y otra vez, a capricho de mi padre, según crecía la familia y se presentaban nuevas necesidades. El resultado: un solo cuarto de baño, alejado de todas las habitaciones, allende el patio central, un par de cuartos comunicados entre sí, separadas las intimidades tan sólo por una cortina, otro cuarto denominado “el comedor” sin motivo alguno, puesto que siempre, desde que yo tengo memoria, había sido la habitación “de los muchachos”, es decir donde dormíamos mis hermanos y yo. La espinosa decisión que tenía que tomar mi madre, era dónde ubicar a la forastera incómoda. Pero no hubo alternativa: Joana se quedó en la recámara de mis hermanas, que estaba libre. Al lado, había otro cuarto con cama matrimonial, donde fue ubicada la pareja de primos. Sin embargo, para ir al baño, Joana, que resultó ser un tanto “miona” (en opinión de mi madre), requería pasar por delante de Pablo y Teresita que dormían o parecían dormir ya.

Al menos en dos ocasiones, la muchacha realizó el trayecto al baño sólo ataviada con unos calzoncitos mínimos (“para eso, mejor nada”, dijo después Teresita) y con los pechos al aire para escándalo de los ojos que la vieron o fingieron no verla.

Teresita, que descreía del engañoso ronquido de su marido, se cuidó muy bien de no advertirle del paso de la frondosa muchacha, aunque estaba segura de que él simulaba dormir, pero con el rabillo del ojo estaba atento a aquella pecaminosa aparición nocturna.

Aun vestida con pijama y camión, la esposa de mi primo no dejaba de parecer una de aquellas núbiles muchachas que sirvieron de modelo a los pintores renacentistas: una mujer alta de ojos claros, con abundante cabellera rubia natural (sin tinte alguno), la cara un poco sonrosada, todavía joven, de rasgos muy finos: definitivamente una belleza clásica escondida bajo capas y capas de ropa de dormir. Si te la encontrabas en el patio a medianoche, podría parecerte sin duda una aparición. Celestial.

Yo me perdí las apariciones y me temo que Óscar y mi hermano también. El resto de aquellas célebres vacaciones transcurrió más o menos por el mismo tenor. Hasta el domingo por la mañana, día de la Resurrección, día en que mi hermano, Óscar y Joana desaparecieron discretamente, sin ser notados.

Tiempo después, mi hermano se quejó conmigo de que al despedirse de mis padres, le habían advertido:

—Primera y última vez que traes a esta clase de visitas, a ver si vas enderezándote.

Nos quedamos sólo con los parientes. En la sobremesa de la comida, mi papá todavía estaba de malas.

—Para vergüenzas no ganamos –dijo, a manera de corolario del episodio.

—¿Qué le digo, tío? –terció mi primo–, esas muchachas son como tentaciones del demonio.

Teresita se santiguó maquinalmente, mientras suspiraba aliviada. Estaba más sonrosada que nunca pero también

guapísima. No obstante el discreto vestido oscuro que se había puesto, me di cuenta de su sonrojo y también de que se ajustaba hacia abajo el talle, a la altura del corpiño, quizá para que sobresalieran más sus pechos de madona del Renacimiento.

Aguascalientes, 2020.

ADIÓS A LUCÍA

¿Quién me ha robado el mes de abril?

Joaquín Sabina

*L*ucía nació en el mes de abril, bajo un torrente de sol. Por ello, Lucía se alegra cuando llega el mes de abril y se pone a canturrear mientras arregla las camas, recoge la ropa o lava los trastes en un chorro de agua poderoso que le recuerda su infancia.

Es una mañana de abril. Lucía sale de la cocina, mecánicamente se enfila hacia la sala comedor de su espaciosa casa. De repente se detiene en medio de la nada. No sabe a dónde va, tampoco tiene recuerdo inmediato de dónde viene. ¿Qué hace allí?

De joven, Lucía adquirió el gusto por los juegos de cartas. Durante los primeros años de casada, como vivían en otra ciudad y todavía no hacía amistades duraderas, esperaba ansiosamente la visita de su madre, de alguna de sus hermanas, de sus sobrinos, para encerrarse por días enteros en que no hacía otra cosa que jugar a las cartas y fumar, despreocupada incluso de atender a sus hijos, todavía muy pequeños. Nunca lo ha dejado. Hace años que se reúne cada viernes en su casa con su hermana, su sobrina y su más querida amiga y comadre.

Juegan durante horas al continental y a la canasta uruguaya, y a veces, para recordar sus tiempos de adolescencia, dedican unos minutos al “burro castigado”, un juego divertido, aunque insulso, que les permite ser niñas otra vez.

Es una noche de abril. Lucía es invencible pero esta noche ha perdido varias veces. Las compañeras de juego piensan que se trata de una estrategia para combatir la monotonía de sus triunfos. De pronto, Lucía arroja las cartas con inusitada violencia sobre la mesa. “Ya no quiero jugar –exclama con el tono de niña berrinchuda que hace muchos años le recriminaban sus padres–. ¿Qué juego estamos jugando? Ya no supe”.

Lucía es fumadora. Desde los trece o catorce años, adquirió la costumbre “heroicamente insana” de hablar sola mientras fumaba. Así lo hizo por cuarenta años, a pesar de las peticiones, no siempre comedidas, de su marido; y cuando sus hijos crecieron, también ellos le reprochaban el vicio, pero ella permanecía en sus trece, imperturbable, si acaso con una sonrisa burlona les decía “ustedes qué saben, ni que fuera tan fácil”. Esta tarde de abril, antes de que concluya la comida, con todos los hijos reunidos como cada domingo (un “ejército” de familia, como suele decir), se levanta de su puesto central en la mesa y sale al patio a fumar y a hablar sola. Rodrigo, su hijo mayor, se acerca silencioso a ver qué le pasa. Lucía aspira profundamente la nicotina y mientras lanza espirales de humo por la boca voltea a mirar a su hijo y habla como si hablara para sí misma: “¿Tú quién eres, qué haces aquí, cómo te llamas? No me gusta que vengan desconocidos a mi casa”.

Lucía fue siempre atrevida, casi no le tenía miedo a nada, salvo a las arañas. Cuando veía aparecer furtivamente alguna le cambiaba de color el semblante, se montaba en la silla más cercana y si no había silla se subía a la cama, incluso a la mesa ratonera de la sala. El rapto de histeria le duraba poco, hasta que Gabriel su marido, o alguno de sus ocho hijos se aseguraba de que el bicho estuviera muerto y bien muerto. Otras

bestias minúsculas no le causaban el menor espanto, hasta le divertían; por ejemplo, los ratones: se complacía atrapándolos con trampas de resorte, y ya muertos los agarraba por la cola para tirarlos al bote de la basura ante las muecas de disgusto de sus hijos. A las cucarachas las aplastaba con saña inmisericorde mientras lanzaba grititos infantiles de triunfo (del estilo de “ñaca, ñaca, muere maldita”). Esta mañana de abril, sin embargo, se ha despertado pensando en las arañas. Soñó quizá que una tarántula le subía por el cuerpo y no había nadie cerca para aniquilarla. No ha querido levantarse de la cama en todo el día y todo el día le ha pedido a Gabriel que mate a las tarántulas que están por todas partes asediándola. “Ahí, ahí, míralas”, repite cada tanto. Al llegar la hora de dormir, se han cumplido 24 horas de ayuno total. Gabriel se las ingenia para que trague un comprimido inductor del sueño con unos sorbos de té. Finalmente duerme, la paz regresa por unas horas.

Lucía era de quedarse en casa. Por muchos años, Gabriel trabajó como agente viajero, llevaba los catálogos de muebles para negocio que fabricaba la más famosa empresa local; llegaba hasta los confines del Bajío o de la meseta Tarasca, o visitaba, mapas abajo, a muchos clientes que tenía en la tierra caliente del Río Balsas (entre Huetamo y Ciudad Altamirano) y, mientras tanto, Lucía se quedaba en casa atendiendo a sus hijos improvisadamente, al capricho de sus antojos, con un ánimo de niña de treinta años que jugaba a acabar con los resortes de los colchones lanzándose desde el ancho alféizar de la ventana hacia las ya vencidas camas de los niños. Así combatía el tedio prolongado de esperar el regreso de Gabriel, el que luego de semanas o meses de ausencia del lecho conyugal, llegaba para reavivar la llama del amor con una pasión irrefrenable. Las hormonas se desbordaban por la cama a todas horas, sus cuerpos se buscaban y se enredaban sin aviso, con la sola precaución de que los niños no estuvieran demasiado cerca. Y entonces, aquella Penélope sedienta de besos, de caricias y sexo, no tenía

razón alguna para salir de casa o desear algún paseo. Los paseos de Lucía se daban por la inacabable geografía del cuerpo de Gabriel. Así que cuando crecieron los hijos y la familia ya había regresado a la ciudad donde ella nació, no encontraba razones para desear salir de casa. Pero un sábado de abril algún menester ínfimo se le ofreció, probablemente ir a comprar cigarros a la tienda de la esquina, a escondidas, como siempre lo hacía. Y se perdió: caminó en sentido inverso más cuerdas de las necesarias, ya no supo cómo regresar a su casa. Para su fortuna y la de todos, una vecina la encontró, la llamó por su nombre, le preguntó qué buscaba y cuando Lucía le dijo con gesto de angustia: “Quiero ir a mi casa, pero no sé cómo llegar”, la vecina se ofreció a llevarla. Ese día, luego de debatirlo largamente, Gabriel y sus hijos tomaron la decisión dolorosa de echar el seguro a la cerradura de la casa y esconder las llaves.

Todavía es abril. Es de noche, pero estoy despierto, revisando trabajos de alumnos. Timbra el teléfono. Es mi hermano, su voz suena muy lejana, aunque vive en la misma ciudad que yo. “Acaba de hablarme Gabriel”, me dijo; “Lucía murió hace dos horas. Mañana será el funeral”.

Nunca he sido partidario de mirar la cara de un muerto. Por más esfuerzos que hagan los empleados de la agencia funeraria, siempre será la cara, provisionalmente inamovible, de una persona muerta. Esta vez, no alcanzo muy bien a entender el porqué, me asomé a verla. Quizá me impulsó el recuerdo que tengo de Lucía cuando era joven. O quizá la terrible tentación de ver lo que la enfermedad pudo hacer para desfigurar su cuerpo y sobre todo ese rostro inolvidable. Lo que vi me estrujó de tal manera la memoria, que prefiero no describirlo.

En cambio, me detuve mucho más tiempo a mirar la foto que pusieron sus hijos, supongo, como homenaje a la Lucía que todos habíamos admirado. Me agradó que hayan elegido esta foto para exhibirla en público: una belleza fresca, un rostro alegre, los ojos no muy grandes pero intensamente expresivos en

su verde vivacidad, la dentadura inmaculada, el vestido marinero y la gorra coquetamente calada sobre su pelo castaño un poco rizado, como si fuese la novia de un teniente de fragata. Es una foto que yo recuerdo haber visto en su casa, seguramente se la hicieron un poco antes de casarse con Gabriel y seguramente fue hecha en los Estados Unidos: por esa época ella pasaba temporadas largas en California donde vivía y todavía vive su hermana más querida. La foto fue hecha para regalársela a su novio, Gabriel, con quien pronto iba a casarse. Por detrás tiene una dedicatoria prácticamente ilegible, con una caligrafía infantil que parecería dibujar arañitas. Sólo es claramente visible una fecha: 3 de abril de 1956.

Al término de las exequias, Gabriel nos invitó, como familiares cercanos, a reunirnos en su casa. No medité demasiado la excusa, simplemente me negué. Me quedo con el rostro que vi tras el cristal. Y así dije adiós a Lucía.

Aguascalientes, 3 de abril 2020.

COPAS QUE SE ROMPEN

*C*asi todos los días tomamos una copa de vino tinto durante la comida. El médico nos lo recomendó hace ya tiempo y nosotros acogimos con agrado la sugerencia. De modo que, sobre todo si sólo estamos los dos, como es frecuente, nos sentamos a comer con parsimonia y disfrutamos de la consabida copa de vino. Cuando nuestro presupuesto lo permite, adquirimos vinos de calidad españoles o italianos, chilenos o mexicanos. Al terminar de comer, inveteradamente me ofrezco a lavar los trastes. Lo hago a conciencia, aunque con rapidez y a veces, por incauto, suelo romper una copa o un vaso.

Así ocurrió esta vez. Sin querer, apliqué fuerza de más al restregar la fibra de la esponja en el asiento de la copa y la rompí. Sabedora de que me suelen ocurrir estos accidentes, mi mujer sólo dijo:

—Ten cuidado, no te vayas a cortar —y agregó—, ya estaba muy viejita la copa, ni modo.

Su comentario me hizo reflexionar. ¿Una copa se rompe porque está vieja? El cristal no suele desgastarse, tampoco la porcelana, el material del que están hechos no se adelgaza, de modo que un plato, una taza, un vaso, una copa no se rompen porque envejezcan, sino porque algún factor externo, como mis torpes dedos, interviene. Las cosas no tienen un reloj interno que se

para en el instante en que las tiras a la basura o las rompes. Visto así, las cosas podrían pasar por eternas. En esas cavilaciones me tomó la llamada de Roberto del Toro, a quien sus amigos de toda la vida identificamos como “Novillo”. Silencié el teléfono con mis dedos temblorosos, interrumpí la faena de lavar platos y me senté acongojado en una silla de la cocina, la más próxima al fregadero. Mi mujer llegó para preguntarme:

—¿Quién era?

Tragué saliva al contestar.

—Habló el Novillo. Juan Luis acaba de fallecer.

—¿¡Cómo!?

Eso mismo me preguntaba yo. ¿Cómo?

Dices conocer a una persona de toda la vida, desde niños y, pasados sesenta años, te das cuenta de que en realidad apenas lo conociste, la mayor parte de sus días no coincidieron con los tuyos. Se hizo mayor como tú, pero no a tu lado sino por el suyo. Era tu compañero, sí. Era tu amigo, puede decirse que sí. Pero si en los últimos diez años lo viste tan sólo unas veces y siempre en grupo, si sabías de él por las referencias de otros amigos o compañeros, si su figura empezaba a ser extraña en las pocas fotografías disponibles (las que algún descuidado compañero compartía en el chat de la secundaria), si lo veías muy delgado (y nunca lo fue), si lo encontrabas casi calvo (y todavía hace diez años apenas tenía unas entradas discretas en la frente), si parecía su piel de ceniza (y siempre fue muy moreno, pero no más ni menos y la piel le brillaba), si le notabas un rostro demacrado (y siempre tuvo una cara expresiva, vivaz), si no reconocías su mirada por lo triste (y toda la vida tuvo una mirada expresiva, penetrante y alegre), la conclusión es que ése no podía ser Juan Luis. Era un espejo cruel, porque a lo mejor yo mismo daba una imagen deteriorada a los amigos que no me habían visto en cinco o diez años.

Estos y otros más oscuros pensamientos llenaron mi mente durante las siguientes horas hasta que se produjo el funeral

religioso. Acudimos mi mujer y yo. Estábamos tan apesadumbrados que no reconocimos a gran parte de los deudos: la familia directa de Juan Luis, su esposa, hijos y nietos, nos era casi por completo ajena, ya que habían vivido en otra ciudad por muchos años, creo recordar que hasta la muerte de la suegra de Juan Luis. Pero sus hermanos, muchos, habían vivido siempre aquí, eran de pronto nuestros vecinos, quiero decir que cualquiera de los amigos de siempre los encontraba en la calle y se saludaban con familiaridad. Yo mismo me encontré con Enrique, el mayor de todos ellos, en el estacionamiento de un centro comercial, no hace ni dos años; para mi enorme sorpresa fue él quien me preguntó por su hermano, me dijo algo así como: “Ustedes que se reúnen más o menos seguido pueden haberlo saludado a lo mejor hace unos meses, yo tengo años de no verlo ni saber de él, ¿dónde se ha metido?, parece que estuviera escondido”. Eso me dijo su hermano.

¿En qué agujero se había escondido Juan Luis durante los últimos cinco, seis, tal vez siete años? ¿Quién era el Juan Luis de ahora? Un completo desconocido. Por ello, quizá, me llamó tanto la atención el discurso que hizo su hija a nombre de la familia cuando finalizó el responso. Lo primero que dijo, luego de los agradecimientos protocolarios, fue que hablaría de su padre como un hombre cercano, no como si ya estuviera en su nicho de esposo devoto, padre ejemplar, abuelo cariñoso, hermano, amigo, profesional dedicado a sus asuntos, trabajador incansable; todo eso, añadió, habrá que darlo por sentado. Pero hoy hablaré de un Juan Luis que para muchos puede resultar desconocido, dijo. Y con sus palabras fue dibujando el rostro de un hombre que compartía tiempo con sus nietos y con sus hijos, que veía en todo por su familia, que era afable y considerado con los amigos, que gozaba de prestigio profesional y era reconocido por su voz única de locutor en los medios de comunicación. Quizá Juan Luis era ese hombre amable que tanto se había alejado de los amigos, pensé, para acercarse a

los suyos en los años más recientes. Cuando nosotros creíamos haberlo perdido, él había recuperado una vida absolutamente ignorada por los demás. Y quizás así haya tenido que ser, para que sus amigos entendiéramos algo del enigma que nos estaba proponiendo mientras su vida se iba deslizando por una órbita ignota hacia un límite predecible, porque siempre estuvo allí.

Final predecible. ¿De verdad era predecible un final así, que para todos resultaba abrupto? Uno espera la muerte de los seres queridos, siempre inevitable, siempre fatal, luego de largos periodos de padecimiento, con enfermedades que los atacan como un ejército invencible frente a otro casi desarmado. Pero no esperas que la vida del amigo de tu misma edad (aunque ya se cuente por siete décadas) se eclipse intempestivamente, sin aviso previo. ¿La muerte no le había enviado señales previas? Ahora creo que sí, y que por eso decidió eclipsarse para unos y proyectar su luz a los más cercanos. Cuando tu luz comienza a disminuir ya no alcanza al mundo entero, tan sólo a una pequeña parcela, la tuya, la que siempre has tenido a la vista y parecías no ver.

Concluida la ceremonia, estrujante por su significado, trágica en su transcurso, fuimos reuniéndonos en el atrio del templo un puñado de amigos. Mentalmente los conté, por costumbre, pero me di cuenta con pavor de que el numeroso grupo que solíamos juntarnos en las fiestas se había convertido en una escasa congregación de una docena de almas atribuladas por el desconsuelo. Nos saludamos con fórmulas consabidas que en fondo querían decir algo muy simple y aterrador: “Aquí seguimos nosotros, él ya no está”. Una pregunta rondaba en el aire cálido del mes de junio. Por varios minutos nadie se atrevió a formularla hasta que Mariluz, un tanto distraída —eso parece siempre, aunque no lo sea—, lo hizo.

—¿Alguien sabe de qué murió? ¿Estaba muy enfermo?

Con frases inconexas, comenzamos a hilar un relato que pronto se manifestó como un dibujo insensato. Alguien había

conversado con él hace un par de años, le temblaba la barbilla y hablaba con evidente tartamudez, lo que debido a su profesión de locutor resultaba un contrasentido cruel. Alguien sabía de buena fuente que tenía diabetes pero no se cuidaba para nada, seguía tomándose sus cubas de Bacardí como siempre. Alguno más se atrevió a diagnosticar *a posteriori* un cáncer en el páncreas, que es una de las formas más agresivas y fulminantes de dicha enfermedad innombrable. Otra dijo que se había sumido en una depresión clínica intratable ni con los fármacos más poderosos. Seguimos especulando absurdamente durante unos minutos hasta que alguien, creo que Fernando, el más locuaz de los compañeros, zanjó los comentarios rotundamente:

—Se murió de muerte natural. ¿Qué puede ser más natural que la muerte?

Nos despedimos con apretones de manos, abrazos prolongados con masaje en la espalda, ojos llorosos, frases cariñosas y suavemente admonitorias que podrían resumirse en un colectivo “cuidate”.

En el camino de regreso a casa no sé por qué me puse a pensar en las copas que se rompen sin razón alguna, ni siquiera porque hayan sido muy usadas sino sólo por descuido.

Aguascalientes, julio de 2024.

En recuerdo de JJP, añorado amigo.

EL ESPEJO NEGRO

Estas fotos son como la otra cara del espejo negro, aquí todos nos vemos muy bien. Míralas. Estamos casi todos, creo. Los seriecitos y los desmadrosos. Los aplicados y los huevones. Los populares y los tímidos. Los cabrones reyes del bullying y sus víctimas potenciales. Los campeones del básquet, como el Borrego, chaparrito pero siempre el mejor movedor de balón que haya habido, y los que nomás hacíamos bola debajo de la canasta para evitar la vergüenza de una paliza histórica. Mira bien: aquí está el Chero, al que tanta burla le hacíamos por sus botas picudas, de sacacancholas, sus cintos piteados, su chamarrita con esos botones que se llamaban tarugos y las camisitas de cuadros con el cuello de puntas laminadas; ya no me acuerdo cómo se llama pero se apellida Villalobos, el otro día me lo encontré en un Oxxo comprando cervezas; ¿te acuerdas de que era flaquito como un charal?, pues ahora está hecho un barril, parece mariachi, nomás le falta el guitarrón sobre la barriga; eso sí, le ha ido muy bien en el rancho y con su familia y se le nota. Lo que es la vida, no creo que Villalobos haya terminado la secundaria, pero vieras la cara de satisfacción que tiene. Fíjate en todos, por ejemplo en los que desgraciadamente ya fallecieron, como Pancho Ortiz y Romualdo Reyes, el triple R le decíamos; quién iba a decir que se irían tan pronto, en plena flor de la vida, como se dice, y en

circunstancias tan trágicas. ¿Ya viste bien? ¿Éste es Luis Enrique Ponce? ¿No era él el que ya se sentía gobernador en tiempos de Fox y luego cayó de la gracia de la primera dama por un asunto oscuro de negocios? Creo que tuvo que salir huyendo de aquí y del país y se fue a Estados Unidos con una mano delante y otra atrás, con lo puesto, o sea nada de nada. Y ahora, veinte años después, resulta que se acomodó allá en Milwaukee, y hasta se convirtió en diácono católico, quién lo viera cuando teníamos quince años y era una bala, para decirlo con franqueza, montado en su motocicleta, muy galán el güero Luis Enrique; con él conocí por primera vez El Mar, o sea la zona de tolerancia, con sus putas viejas y desconchifladas. Pero bueno, caras vemos, corazones no sabemos, ni tampoco sabemos las vueltas que nos dará la vida. ¡Ay, amigo, qué tiempos! ¿Te acuerdas de Edilberto Aguayo, al que le decíamos el frailecito? Míralo, con su carita de monaguillo. El Gallo dice que sigue igual, echando bendiciones, mandando por el chat las oraciones de la mañana y de la noche, pero eso sí ya van dos veces que se divorcia. Y mira nomás, Felipe Alonso, el consentido del prefecto, al que nunca le tocaba ningún castigo porque era riquillo y carita, cómo acabó sus días el pobre hombre, ahogado por el alcohol y las deudas, tocando el piano en un bar de mala muerte, ¿qué le habrá sucedido en la vida, qué ferrocarril le pasó por encima, que teclas equivocadas habrá tocado, para que Dios le haya mandado tanta desgracia? Y, para los que no creen en Dios, un karma del tamaño del mundo le cayó encima al pobre de Felipe, ¿no lo crees? Pero es que míranos, cincuenta años después de tomada esta fotografía, la verdad es que andamos todos fregados, unos con bastón y otros hasta con andadera, carajo, muchos con enfermedades terribles, bien o mal cuidados, con la vida cambiada cuando menos o retorcida, puesta al revés: tú dirás que a esta edad, ya todos cerca de los setenta, deberíamos estar tranquilos, sin sobresaltos, jugando con nuestros nietos, los que tenemos nietos, y si no, descansando a pierna suelta, satisfechos de haber hecho lo suficiente para tener

una vejez decorosa, un camino despejado hacia el fin. Pero no, qué va. La gran mayoría andamos como carros desbielados, todo nos duele, todo chirria, las enfermedades nos acosan, el destino se ensaña con nosotros. ¿Qué errores estamos pagando en vida, mi amigo? Ahí tienes a Chuy Gutiérrez, desde la última reunión que tuvimos, hace como un año, no lo había vuelto a ver. Me lo encontré el otro día en el funeral de su cuñado Javier, ya sabes, el que se murió de cáncer cuando le faltaba un mes para cumplir los setenta. ¡Uf!, me dio tanta tristeza, quiero decir algo más que tristeza, pero no encuentro la palabra; me dio como un soplo al corazón nomás de verlo allí, sentado en una banca del templo, flaquito, casi totalmente calvo, la piel color de ceniza, los cachetes colgados, la mirada vidriosa, no sé si porque estaba queriendo llorar por el muerto o por su propia vida destrozada, tembloroso como si ya lo hubiera atacado el mal de Parkinson, con su esposa al lado; yo creí que tenían muchos años separados, pero ahí estaban los dos; él, que fue la voz del radio en nuestra ciudad, el locutor oficial del gobierno del estado tantos años; que le hayan ocurrido quién sabe qué desgracias se me hace mucho, siendo como siempre fue, un gran amigo, un conversador de categoría, listo, profundo en sus comentarios y al mismo tiempo bromista y risueño con todos, nunca tuvo palabras duras para nadie, nunca se peleó con nadie, que yo sepa. Es muy duro verlo así. Las desgracias nunca vienen solas, dicen, ahí tienes a Juan, Juanito Barrera, ¿te acuerdas de él?, era como el segundo o tercero de una familia de once, pero creo que no terminó con nosotros la secundaria, ¿no?, me acuerdo vagamente de que lo cambiaron al Cervantes porque nomás no daba el ancho o porque era muy desmadroso, ya no sé. Curiosamente sus hijos estuvieron toda la vida en el Colegio, y fueron sin duda ninguna de los mejores integrantes de la banda de guerra; al mayor le decían el Güero y era tambor muy bueno; el menor, el Negro, ha sido el mejor corneta de órdenes desde la época de Julio Vicencio; Juan se casó con una pariente mía, éramos vecinos, pero también lo atrapó esa terrible combinación del alcohol con la diabetes y se murió apenas a los

sesenta y cuatro años, hecho un ancianito. Por cierto, uno de mis nietos está estudiando en el Colegio y este año entró a la banda de guerra, está en primero de secundaria, pero vieras qué triste; la banda de guerra, que era el orgullo y la distinción del Colegio, que tantos años de disciplina y esfuerzo le costó al padre Morones formarla, y diseñar ese uniforme tan marcial y tan bonito, como de soldados europeos, con su casco y sus botas, y sus arreos blanquísimos; pues hoy en día cambiaron de uniforme por uno más corriente que común, sin gracia, parece cualquier banda de escuela de pueblo y no tengo nada contra las escuelas de pueblo. ¿Qué le vamos a hacer? Si Julio Vicencio y el padre Morones vieran lo que pasó, se volverían a morir nomás de la decepción. ¿Te das cuenta de cuántos de los que salen en esta foto ya no están en este mundo? Parecería como una maldición, como si mirar tanto rato esta foto hubiera producido una especie de mal de ojo. Yo no creo ni en brujerías ni en supersticiones, amigo mío, pero de que las hay, las hay, si no ¿por qué tanta tragedia? Claro, habrá quien diga que ya estamos grandes y que todo eso es muy natural, sin embargo, no estamos tan viejos, digo yo, como los viejitos que se juntan con tu hermano cada mes, esos sí que pertenecen a la prehistoria del Colegio y ahí andan todavía, renqueando y quejándose de todo tipo de males, pero siguen juntándose para recordar los viejos tiempos —¿qué otra cosa podrían hacer?, ¿de qué otros temas podrían hablar?—, para contar los mismos chistes viejos y las mismas anécdotas polvorientas. Ahora sí, finalmente llegamos a donde estoy yo. Sí, éste soy yo, amigo, ¿a poco no te acuerdas de mi cabello chino, oscuro, siempre lo tuve así hasta que me salieron tantas canas, y los ojos cafés que mi señora dice “soñadores”? ¿De veras no te acuerdas de cómo era yo por entonces? Casi creo que ya te está alcanzando el Alzheimer, aunque dicen que esa maldita enfermedad no te borra de la memoria lo viejo sino lo más reciente. Es una broma, ya no aguantas nada. ¿O a poco crees que soy un fantasma? Soy yo, no lo dudes.

Daniel Carreón, dice llamarse. Afirma con toda seguridad haber sido compañero de nuestro grupo de secundaria. Pero nadie lo recuerda. Se cuela a todas las reuniones y también a las que organiza mi hermano Pepe con las generaciones más antiguas. Pero por más que lo observo y lo oigo hablar, no me cuadra. Se sabe de memoria los nombres y la vida y milagros de cada uno de los cuarenta y dos que terminamos la secundaria juntos, allá por el año 1970. Aunque hayan pasado tantos años yo gozo de muy buena memoria y no me acuerdo de él. Nunca he dejado de vivir aquí, salvo los cinco años de la carrera, en que fui y vine cada semana a San Luis Potosí. Siempre nos hemos reunido: cada año, cada seis meses, en la casa de alguno, en el rancho de otro, en un restaurante o en un salón de fiestas, la mayor parte de las veces solos, pero otras también con nuestras esposas o novias o parejas actuales. Hay uno, Nacho Esparza, que dice “voy a venir con mi actual esposa”, yo le respondo: ¿cómo con la actual, si es la única que te hemos conocido?, él suelta una carcajada y responde: “Eso no quiere decir que no sea la actual o que yo no pueda tener otra en el futuro”. A todos los he interrogado, uno por uno y sin que Daniel Carreón me oiga, si se acuerdan de él, si lo conocieron, en qué año, cómo es que dice que está en la foto pero yo no lo veo. Unos simplemente se alzan de hombros; otros sonríen como si recordaran algo vago aunque en realidad no recuerdan nada o no les importa recordar; otros me han sugerido que lo ponga a prueba, que le pregunte por los maestros: a ver Daniel, quién nos dio matemáticas en primer año, español en segundo, física y química en tercero. No tengo duda de que él va a responder muy seriamente o con sonrisa burlona: “Pues la maestra Mi Niña en primero, Carmelita Arellano en segundo, Enriqueta en tercero”. Como las dos últimas todavía viven y gozan de buena memoria, estoy tentado de ir a interrogarlas, foto en mano, a ver si es cierto que lo reconocen. Y si ellas lo llegaran a reconocer por nombre y apellido, me rendiría ante las evidencias y

empezaría yo a temblar, porque entonces lo que sería indudable es que la maldita enfermedad de la desmemoria ya empezó a vencerme, implacable, y que detrás del fantasma de Daniel Carreón en la fotografía podré entrever el espejo negro de Tezcatlipoca.

JAVIER VERBENA ENTRE NOSOTROS

La reunión estaba cada vez más animada. Todavía faltaban muchos por llegar, pero los que en ese momento estábamos éramos suficientes para establecer un ambiente general de jubilosa camaradería. Nos dimos fuertes apretones de manos, abrazos sonoros; produjimos carcajadas, hablamos en voz demasiado alta, como queriendo ocultar las tenues voces de los tímidos o tal vez confiando ya muy poco en la calidad auditiva de los demás. Daba la impresión, si un extraño nos hubiera juzgado, de que no nos habíamos encontrado en muchos años o de que estuviéramos reconociéndonos, porque desde jovencitos nos habíamos perdido el rastro. Y no era así. Por lo menos dos veces al año nos juntábamos, gracias a la iniciativa de Francisco, optimista invencible, siempre seguro de que los buenos amigos no pueden dejar de verse por mucho tiempo. Allí había gente de muchas generaciones del Colegio Lisboa, por lo menos de unas cinco o seis, todos egresados de la secundaria entre 1965 y 1970. Los de anteriores grupos ya eran demasiado viejos, muchos incluso ya habían fallecido y los más jóvenes no respondían al llamado porque a los hermanos menores de Francisco, que también habían estudiado en el mismo colegio, simplemente les daba pereza invitar a sus amigos o no tenían, hay que reconocerlo, la misma capacidad de convocatoria que

su hermano mayor, experto en simpatía, especialista genealógico, cronista apócrifo de la ciudad. Por eso me extrañó que él, que se las daba de conocer a todo el mundo ligado al colegio –y a otros colegios de nuestra ciudad–, no tuviera empacho en darle la bienvenida a ese colado, a ese perfecto extraño, que se presentó como si nada, como si cada seis meses se reuniera con nosotros. Simplemente llegó y declaró, con una sonrisa que no le cabía en la cara:

—Soy Javier Verbena, ¿se acuerdan de mí?

Claro que yo me habría acordado de él, si de verdad lo conociera. Con ese apellido tan eufónico y poco frecuente en esta ciudad, con esa cara de rasgos notables, los ojos ni verdes ni azules, el cabello canoso pero bien conservado, alto, bien parecido. Si yo fuera mujer no lo habría olvidado nunca. Pero aun en mi condición masculina, una presencia así no es fácilmente olvidable. Además, estaba su voz; una voz como de cantante de ópera, muy bien timbrada, no chillante y estentórea como la de Ezequiel, ni aguantentosa como la mía y la de tantos otros.

Para mi sorpresa, comenzó a charlar como si nos conociera de toda la vida. Me hizo dudar. Por un momento creí que fuera Alberto Íñiguez, al que hace siglos que no vemos, que se hubiera cambiado el nombre deliberadamente para crear desconcierto y confusión entre todos. Alberto era bromista, le gustaba el teatro, era muy bueno para imitar voces, tenía el pelo más o menos así, tirando a rubio –aunque ya apuntaba para ser canoso– y creo que sus ojos eran azules o tal vez verdes. Pero no. Alberto no hubiera sostenido la broma más allá de unos minutos; cuando contaba chistes tendía a echarlos a perder porque se precipitaba a reírse antes de acabarlos. Si nos estuviera jugando una broma, la habría desenmascarado pronto, no era capaz de aguantarse las ganas de festejar el asombro y la confusión que había producido.

El desconocido, en cambio, conversaba con naturalidad y buen humor, se hacía tonto con la bebida, creo que no lo vi cambiar de vaso ni una sola vez, ni tampoco se levantó a servirse

más tequila con refresco de toronja o ron con coca cola. ¿Cómo era posible que sostuviera una plática con cualquiera de nosotros, que demostrara saber de nuestras vidas, que siguiera el hilo de las historias que se contaban? Muchas de esas historias no eran muy conocidas, porque cada vez que nos veíamos había alguien que al haberse ausentado una o dos ocasiones anteriores, quería ponerse al corriente de los sucesos que se había perdido. El advenedizo Javier Verbena se mostraba como si no hubiera faltado a reunión alguna en el pasado; sin presumir, evidenciaba saber todo de todos, lo cual como mínimo resulta incomprensible y absurdo. ¿Quién le había informado los ires y venires de cada uno? ¿Cómo se había enterado de la ruina económica de fulano, de las infidelidades matrimoniales de Zutano, del cáncer de próstata que aquejaba a Mengano, del éxito de los hijos de aquél o el divorcio reciente de éste y de la muerte inesperada de Juan Luis? Incluso parecía estar al tanto de las pequeñeces cotidianas de la vida del propio Juan Luis en los últimos diez años, asunto sobre el cual nadie, absolutamente nadie de los presentes en la reunión, tenía noticia, aunque aparentábamos lo contrario para darnos aires de ser muy cercanos al difunto.

Un hormigueo en el estómago, una sensación de temor, sino es que hasta de pánico, se apoderó de mí y supongo que de muchos más. ¿Sabría los secretos más secretos de X, los humillantes episodios en los que había participado Y, las traiciones inconfesables de Z? Incluso los chismes sin importancia, los rumores improbables, de los que no tenían nada que esconder, podrían volverse tema de conversación y él se exhibiría sabedor de tales nimiedades, porque si sabía lo más hondo y misterioso, si estaba al tanto de lo gordo, de lo innombrable, también sabría de lo fútil, de lo insustancial. Pero, me dije, basta con no darle tema de conversación. Basta con interrogarlo sobre hechos remotos ocurridos cuando éramos compañeros de secundaria, para desenmascararlo y arrinconarlo, para que

se entere de que no es de los nuestros, no pertenece a nuestro grupo, es un intruso y un farsante. Todo esto lo estuve pensando mientras me servía otra cuba y observaba de lejos el corrillo cercano a él. Los amigos que lo rodeaban en aquella mesa no parecían haberse enterado de nada, charlaban a grandes voces, se reían, se daban palmadas en la espalda, brindaban ostentosamente, comían botanas sin freno y hablaban y hablaban con él sin que al parecer nadie se hubiera dado cuenta de que no era uno de los nuestros. No sólo eso, él ni siquiera debería decir “nosotros”, de ninguna manera.

Me acerqué con cautela, con temor y temblor, a la mesa donde departía sin ejercer el menor liderazgo. Se había sumado, como uno más, a la plática sobre temas intrascendentes. Se hablaba de fútbol o de política y él opinaba con naturalidad, sin entrar en polémica. Si se trataba de recordar viejas anécdotas, sonreía y se sumaba al coro como cualquiera que hubiera estado presente en aquellos episodios ahora recordados. Cuando cobré valor suficiente para hacerle un cuestionamiento directo, comencé por decir:

—Oye, Javier, ¿tú te acuerdas del maestro de Historia y Civismo?

—El licenciado Serna, claro que me acuerdo. Su hijo estuvo un tiempo con nosotros, en primero, luego lo cambiaron al Marista, ¿no? El maestro tenía aquella camioneta viejita, una Chevrolet con carrocería de madera a la que le pusimos “El arca de Noé” por antediluviana.

Me quedé mudo por unos instantes. Sólo atiné a levantar mi vaso y a decir tímidamente:

—¡Salud!

Mi estupefacción creció a medida que él seguía contando anécdotas y recordando con precisión a muchos de los compañeros, aun a algunos que habían estado poco tiempo en nuestro grupo o que se habían integrado tarde. En ese tono, siempre amable y comprensivo, añorante, habló, por ejemplo

de Víctor Guerrero, un muchacho que llegó hacia noviembre o diciembre de aquel primer año escolar procedente de Estados Unidos, donde tenía familia y donde había estado estudiando hasta unas semanas antes de viajar acá. Por él conocimos los pantalones acampanados de mezclilla y los huaraches hippies, que usaba con desparpajo, y el pelo largo. Claro que el gusto le duró apenas una semana hasta que el padre director lo metió en cintura, mandándolo a cortarse el cabello al estilo militar y uniformándolo como a todos los demás. De todo esto se acordaba Javier. También de un chavo de apellido Lara, cuyo padre era un rancharo adinerado, y que tan sólo fue nuestro compañero por unos tres meses, durante los cuales no dejó de usar camisas vaqueras, cintos piteados y botas puntiagudas. Lara era objeto de muchas burlas, por lo que su papá optó por cambiarlo de escuela. Ya encarrerada la conversación en aquellos detalles ínfimos, se me ocurrió terciar aparentemente en broma y volver a interrogarlo:

—¿Y sobre mí, de qué te acuerdas? —pregunté con una sonrisa nerviosa.

—A ti te decían el Pocho porque eras muy bueno para el inglés y siempre fuiste el consentido de la maestra Georgina.

¡Mole!, como decíamos cuando éramos niños. Una sopa de mi propio chocolate. Machetazo a caballo de espadas. Y todos los refranes que quieran. ¿Cómo era posible que un hombre al que definitivamente yo no conocía se atreviera a confirmar aquellas cosas tan verdaderas con tanta seguridad? ¿Cómo ese recién llegado de quién sabe dónde, que por primera vez —estoy cien por ciento convencido de ello— se presentaba entre nosotros, podía saber tanto de cada uno, presente o ausente? ¿De dónde le venía ese poder? En esas cavilaciones me hallaba, cuando el bueno de Ángel, que casi fue cura y es un médico eminente, se acercó a mi lugar y murmuró en mis oídos:

—Tranquilo, tú nomás escúchalo. Parece enviado por el Señor.

No entendí bien lo que Ángel había dicho porque mi mente alborotada, ofuscada, no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Yo me decía: aquí está Francisco, que conoce a todos y de todas las generaciones, que convoca a estas reuniones, que nunca ha faltado a ninguna: ¿cómo es que no lo denuncia, no lo pone en evidencia? Pero Francisco se reía a carcajadas como los demás, sumidos en el jolgorio y la alegría compartida. ¿Será que me volví loco?, me preguntaba. ¿Me alcanzó el alemán Alzheimer? No aguanté más. Me levanté decidido a irme de allí. Estaba dispuesto a inventar cualquier pretexto y largarme ya. Cuando hice el intento, Francisco me tomó del brazo, me habló con su voz autoritaria pero suavemente:

—¿A dónde vas, hombre? Tan a gusto que estamos aquí con Javier, que andaba perdido y lo hemos recuperado. Quédate, amigo, aprovecha que Verbena está aquí, con nosotros.

En su voz, el nombre de Javier Verbena se oyó todavía más sonoro y melodioso. Durante unos segundos estuve paralizado, sin saber que pensar ni que hacer. Finalmente me senté otra vez. Seguía muy inquieto, incómodo y reacio, pero no había otro remedio que seguir escuchando lo mucho que todavía tenía por decir Javier Verbena entre nosotros.

Agosto, 2024.

Para Francisco Roque y Gerardo Vázquez,
animadores seculares.

ÚLTIMA LLAMADA

*U*n sueño me sacó de otro sueño. Soñaba una fila interminable frente a la ventanilla de Migración. Yo regresaba del extranjero. No pude distinguir si venía solo o con mi familia. Los agentes demoraban mucho tiempo con cada ciudadano. Todavía faltaban seis o siete personas antes de que tocara mi turno. A cada uno le tomaban foto, le hacían pasar sus dedos por el detector de huellas dactilares, le hacían mil y una preguntas como si fuera al revés, como si fuéramos a entrar a los Estados Unidos. Parecíamos ilegales que regresaran de una aventura indocumentada. Me parecía extraño que todos tuviéramos que justificar las razones por las que regresábamos a nuestro país. En el sueño yo sabía que soñaba porque era precisamente ese sueño el que me había sacado del otro que ahora ya no identificaba. Detrás de mí dos paisanos, uno de ellos ya mayor, el otro maduro pero todavía sin canas, comenzaron a conversar de la manera más natural del mundo.

—A mí los gringos me echaron para atrás —dijo el más joven— y eso que traía visa de turista.

—Yo acabo de salir de la cárcel. Me pasé veinticinco años preso y no me dejaron quedarme. Apenas pisé la calle, un oficial me trajo hasta el puente, aquí nomás afuerita —le contestó el señor canoso.

—¿Pero cómo le va a hacer si no trae pasaporte?

—Pues, a ver qué.

La fila avanzó un lugar. De pronto me sentí tan interesado en la conversación que deseé intensamente que ningún otro sueño me sacara de este sueño.

—¿Y por qué lo metieron preso, amigo? —interrogó el más joven.

—Me quebré un cristiano —contestó lacónicamente el hombre canoso.

—No me diga. Y si se puede saber..., ¿por qué?

El sueño se precipitó. De pronto ya no había fila. Yo no estaba de pie sino mal acomodado en uno de esos incómodos sillones que hay en los aeropuertos. No podía despertar pero tampoco reanudar el sueño que soñaba todavía un minuto antes. Escuché detrás de mí dos voces que conversaban.

—¿Y por qué lo metieron preso, amigo? —dijo alguien.

—Me quebré un cristiano —contestó lacónicamente otro hombre, al que no podía ver.

—No me diga. Y si se puede saber..., ¿por qué?

—Me la jugó con mi señora, el cabrón —oí que respondía el otro.

—Y si se puede saber..., ¿era gringo el pelado?

Desperté un poco sobresaltado. No sabía si había soñado aquella conversación. Me dolía el cuello y no podía mirar por detrás de mi cabeza. Habíamos estado demasiado tiempo en el aeropuerto, esperando nuestro vuelo, que debía salir a las cinco de la madrugada. Era muy difícil conciliar el sueño en medio de aquella barahúnda, aquel gentío bostezando, aquel ir y venir de tantos pasajeros norteados. Se oía clamar por los altavoces: “El señor Johnson Junior repórtese en el mostrador”. El susodicho no aparecía, y no era la primera vez que lo llamaban así en español como en inglés. Un niño que mal dormía, de pronto despertaba dando chillidos prolongados,

mientras la madre intentaba inútilmente calmarlo para que se volviera a dormir.

Estiré las piernas y los brazos, bostecé ostensiblemente, como convocando al sueño. Me acurruqué sobre la mochila. Otra vez me sumí en una duermevela. Un sueño nuevo sustituyó al anterior. En éste, la fila era más larga, yo cerraba el grupo de mi familia y trataba sin éxito de impedir que los más pequeños escucharan la conversación de los dos hombres.

—Me quebré un cristiano.

—No me diga. Y si se puede saber..., ¿por qué?

—Me la jugó con mi señora, el cabrón —oí que respondía el otro, sin que yo pudiera impedirlo.

—Y si se puede saber..., ¿era gringo el pelado?

Me fastidiaba mucho no poder controlar lo que pasaba en mi sueño. Pero de pronto una voz de mujer imperiosa dominó el espacio. “Esta es la última llamada para el señor Jonhson Junior. *This is last call for Mr Johnson Junior, please show your boarding pass at front desk.* El vuelo a Cancún está por cerrar.” No entendía por qué anunciaban un vuelo que nosotros no íbamos a tomar, a lo mejor estábamos correctamente formados pero en otra fila. Volví a escuchar susurros detrás de mí.

—Eso fue lo peor. Era un gringo, el güey. Veinticinco años preso por defender lo mío.

—La vida es muy injusta, carnal.

No podía salir de esa fila, aunque fuera la equivocada. Tampoco podía salir de ese sueño. Se oían otras voces alrededor y por los altavoces se repetía: “Última llamada para el Sr. Johnson Junior”.

Desperté porque uno de mis nietos me zarandeó. Acababan de avisarnos que había que moverse a otra sala de espera. ¿Estábamos equivocados? No. La línea aérea estaba jugando con nosotros, como si no estuviéramos suficientemente desvelados y estresados por la larguísima espera. Caminamos unos doscientos metros hacia otra sala. Al llegar allí, mientras

nos amoldábamos a la nueva incomodidad, escuchamos el altavoz: “Última llamada para el Sr. Jonson Junior”. Antes de que el sueño me volviera a secuestrar los sentidos, pude ver al par de hombres cuya conversación había creído escuchar en sueños. Y alcancé todavía a presenciar la escena en la cual un pasajero completamente despistado, que había perdido su vuelo a Cancún, se identificaba con una de las edecanes como Mr. Johnson Junior. Lo escuché decir, absurdamente en español:

—No estuve veinticinco años preso para venir a perder un vuelo a Cancún.

Otra vez un sueño me arrebató del sueño que soñaba y todas mis percepciones de la realidad se fueron por el túnel de acceso a la aeronave que nos llevaría de regreso a casa.

Aguascalientes, agosto de 2024.

Para mis nietos.

ÚLTIMA LLAMADA Y OTRAS FICCIONES

Primera edición 2025
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

